

LOS HOMBRES de la historia

La Historia Universal a través de sus protagonistas

12

Juan XXIII

Miguel de Amilibia

Centro Editor de América Latina

LOS HOMBRES de la historia

12

Mantuvo durante su larga vida una fe inquebrantable y no simplemente la fe en Dios sino la fe en la Iglesia Católica Apostólica Romana con todos sus dogmas, sus misterios y sus "absurdos" que para él no fueron nunca tales. Es la fe del labriego, la de sus padres, la tradicional de su pueblo, es - como la definió Santa Teresa - la "fe del carbonero". Y se dio en un hombre de vastos conocimientos, de la historia y de los hombres. Desde su vocación inicial en aquel puebl.ito de Sotto il Monte hasta la profesión de fe completa, el Credo de la misa pontifical, el Credo de Nicea del siglo IV que incluye en su totalidad con sencilla y ciega aceptación en su testamento espiritual.

Angel José Roncalli fue un hombre de fe y también un hombre de la Iglesia que recorrió sin ambiciones ni falsas modestias su **cursus honorum** dejando, luego de abandonar cada cargo el aprecio de los que lo rodearon. A la muerte de Pío XII llega a papa y asume su nuevo cargo con la sencillez con que había asumido los anteriores pero con plena conciencia de sus nuevas responsabilidades. Y entonces el hombre de fe sencilla y de buena voluntad revela ser también un revolucionario que no teme convocar a un nuevo concilio ecuménico porque ve la necesidad de que la Iglesia se sincronice con el mundo. Presidiendo el concilio lanza al mundo dos encíclicas la **Mater et magistra** y la **Pacem in terris** en las que, sin hacer tambalear en ningún momento los dogmas de la Iglesia y sin abandonar, entre otros, el tradicional de la propiedad privada, recoge sin embargo el mensaje de la **Rerum novarum** donde León XIII había postulado la "doctrina social" de la Iglesia, condena a los explotadores, denuncia los males sociales con violencia y apela a todos los hombres de buena voluntad aceptando el diálogo con los no pertenecientes a su credo en el terreno político económico y social. Es sólo una encíclica y, como se ha dicho muchas veces, las encíclicas no cambian nada.

Pero ésta al parecer tuvo sus efectos, porque le marcó el camino a la mucho más violenta y menos conformista **Populorum progressio** de Paulo VI y porque dio lugar, junto con las decisiones del concilio en el seno del cual nació, a la formación de ese movimiento tercermundista que tanta alarma provoca en los que detentan el poder. La iniciativa surgió sencillamente de un hombre sencillo, un hombre de fe que era también un hombre de buena voluntad.

Primeros títulos

1. Freud
2. Picasso
3. Gandhi
4. Lenin
5. Einstein
6. Churchill
7. Piaget
8. García Lorca
9. Hitler
10. Chaplin
11. Stalin
12. Juan XXIII
13. Hemingway
14. Roosevelt
15. Mussolini

Salta 38 - Buenos Aires
Sección Ventas: Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

Distribuidores en la República Argentina
Capital: Mateo Cancellaro e hijo.
Echeverría 2469, 5° C. Buenos Aires
Interior: Distrimeco S.R.L.
Azara 225, Buenos Aires
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos Indugraf S.A.
Mendoza 1523, Lanús Oeste, Bs. As.
en enero de 1985

Juan XXIII

Miguel de Amilibia

1881

El 25 de diciembre nace en Sotto il Monte, Bérgamo, Ángel José Roncalli, como hijo de Juan Bautista Roncalli, labrador, y de su esposa Mariana Mazzola.

1892-1900

Seminarista en Bérgamo.

1901-1905

Seminarista en Roma.

1904

El 10 de agosto es ordenado sacerdote en Roma.

1905-1914

Secretario de monseñor J. M. Radini Tedeschi, obispo de Bérgamo. Profesor del seminario diocesano.

1915-1918

Capellán militar en el frente.

1919-1920

Director del seminario de Bérgamo.

1921-1925

Preside en Roma el consejo central italiano de la "Obra Pontificia de Propagación de la Fe".

1925

Es consagrado obispo. Va a Bulgaria como visitador apostólico.

1931

Es nombrado primer delegado apostólico en Bulgaria.

1934-1944

Delegado apostólico en Turquía y Grecia.

1945-1953

Nuncio apostólico en Francia.

1953

El 12 de enero recibe el capelo cardenalicio.

1953-1958

Arzobispo-patriarca de Venecia.

1958

Es nombrado papa como sucesor de Pío XII el 28 de octubre. Adopta el nombre de Juan XXIII.

1959

El 25 de enero anuncia la convocación del concilio ecuménico Vaticano II, el 21º en la historia de la Iglesia católica.

1961

Encíclica *Mater et magistra.*

1962

Inaugura el concilio el 11 de octubre.

1963

Encíclica *Pacem in terris.*

1963

El 3 de junio muere en el Vaticano.

"Acabóse la confesión –se lee hacia la terminación del *Quijote*– y salió el cura, diciendo:

"–Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.

"Estas nuevas dieron un terrible empujón a los ojos preñados de ama y sobrina y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno, a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato y, por esto, no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían."

Y, poco más adelante, cuando el enfermo está dictando el testamento al escribano y Sancho Panza y el Bachiller tratan de animarlo con la recordación de los antiguos desvaríos, se lee:

"–Señores –dijo Don Quijote–, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño."

En los nidos de la mente de quien ocupó el solio pontificio entre el 28 de octubre de 1958 y el 3 de junio de 1963, como suprema autoridad de la Iglesia católica, nunca hubo pájaros. Nunca entraron en ellos las "sombras caliginosas" que echó sobre los del hidalgo manchego la "amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías". Fue una mente que, abroquelada desde la primera infancia en su fe –en la fe que forma parte de la tradición cultural de su tierra–, en esa "virtud teologal" que la doctrina católica define como "luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone", se mostró siempre juiciosa y prudente en el manejo de los asuntos humanos y supo entenderse o por lo menos conllevarse con toda clase de gentes, inclusive con quienes, ateos, agnósticos o racionalistas, ven en esa fe otra forma de "sombras caliginosas" generadoras de errores y prejuicios.

Y lo cierto es que, cuando, al cabo de una



1



2

1. *Ángel José Roncalli en 1905 cuando era secretario del Obispo de Bérgamo.*

2. *Ángel José Roncalli en uniforme de capellán militar durante la primera guerra mundial.*

prolongada y dolorosa agonía y de un pontificado tan breve como trascendental, se extinguió su vida, este "hombre de la historia" fue llorado por todos, no solamente por "los de su casa". Es que, como Ángel José Roncalli, sacerdote, prelado y diplomático, y como Juan XXIII, papa, también fue él de "apacible condición y de agradable trato". También él mereció por sus costumbres el "renombre de Bueno". También él, sin que viera nunca castillos en ventas ni gigantes en molinos de viento, rompió lanzas, en un mundo tan poblado de vestiglos y endriagos como el de este revolucionario siglo nuestro, por "desfacer entuertos" y, muy al tanto de que sus criterios para "desfacerlos" no eran compartidos por todos, buscó siempre un terreno común de convivencia en la paz. Porque, sin títulos de hidalgo, pero con esa hidalguía natural que es superior a la de cualquier título, Juan XXIII el Bueno fue sobre todo, como Alonso Quijano el Bueno, un hombre de buena voluntad.

La ciencia y la fe

La fe... Para muchos, cada vez es más difícil mantenerla en estos tiempos de rápido cambio y general incertidumbre. El fenómeno se registra en todas las confesiones religiosas, incluida, claro está, la católica, cuyo férreo dogmatismo es, al mismo tiempo que la causa de sus frecuentes enfrentamientos con el mundo de la ciencia, la base de su fuerza. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué sentido tiene la vida? El mundo de la ciencia, aunque amplía, a un paso cada vez más rápido, el campo de nuestros conocimientos, no puede contestar a estas preguntas que el hombre constantemente se formula. En cambio, para el creyente católico nada de esto es un problema. Basta atenerse a la "verdad revelada", según la expone "nuestra Santa Madre Iglesia". Basta atenerse al Credo. *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem coeli et terrae, visibilium omnium et invisibilium*... Es un credo consolador. Lo necesitan muchos.

En su interpretación y su exposición de la "verdad revelada", la Iglesia ha tenido que rectificar muchas veces sus doctrinas, al verlas desmentidas por los hechos que los hombres de ciencia comprueban. Han sido muchos los Galileos a los que ha habido que dar la razón tras haberlos condenado. Pero la Iglesia ha sabido capear estos temporales y también resistir las furiosas arremetidas que se han lanzado contra ella en nombre de la razón. *Ecrasez l'infame!*, gritó Voltaire, más contra las supersticiones, los desafueros y la intolerancia que la religión amparaba que contra la religión misma. "La religión es el opio del pueblo", declaró Karl Marx, ya desde una posición abiertamente atea. Pero, si otras religiones, ante el avance del descreimiento, han entendido que debían reformarse, la Iglesia católica se ha mantenido aferrada a los viejos dogmas cristianos y, apoyada en la filosofía tomista, afronta los múltiples embates del pensamiento moderno y sigue representando una fuerza con la que todos tienen que contar.

Ninguno de los embates del pensamiento causó la menor mella en la fe de Ángel José Roncalli, hijo obediente de la Iglesia, nacido el 25 de noviembre de 1881 —diez años antes de la encíclica *Rerum novarum* de León XIII—, en la aldea de Sotto il Monte, cerca de Bérgamo, en un hogar de modestos y piadosos labradores. Era la fe imperante en aquella campiña lombarda, la fe que se mamó con la leche materna y se consolidó en una muy temprana consagración al sacerdocio. Los estudios tendieron siempre a refirmarla. ¿Acaso no se había proclamado, con toda la autoridad del último concilio —el primero del Vaticano—, que no podía haber una verdadera contradicción entre la fe y la razón y que ésta, como cosa creada, tenía que quedar supeditada a la verdad increada, según es revelada por Dios, enseñada por la Iglesia y acatada por esa luz y conocimiento sobrenatural que la gracia de la fe procura?

Las cosas no fueron tan fáciles para otro sacerdote contemporáneo de Ángel José Roncalli, es decir, para Pierre Teilhard de Chardin, nacido en ese mismo año de 1881, en Auvernia, en el corazón de Francia, como vástago de una familia de la *petite noblesse*. El jesuita Teilhard de Chardin adquirió muy pronto fama de sabio, de geólogo y paleontólogo eminente. Pero muy pronto sus ideas le crearon dificultades con su orden. ¿Por qué ponía tanto empeño en conciliar su ciencia con su fe? ¿Cómo podía conciliar el evolucionismo al que era empujado por sus investigaciones con el "creacionismo" tomista? ¿Acaso el Doctor Angélico no enseñaba que los padres, que producen el cuerpo del hijo, no pueden producir su alma, que, como inmaterial, indivisible e inmortal, tiene que ser creada por Dios?

Las vidas de quien terminaría como Juan XXIII y de quien moriría como un virtual desterrado en Estados Unidos no fueron vidas paralelas, aunque las dos fueran nobilísimas. Fueron una demostración de qué rumbos más distintos pueden tomar, dentro de la misma Iglesia católica, dos existencias a las que impulsa la misma vocación al sacerdocio, la misma "inspiración con que Dios llama al estado religioso".

La Compañía de Jesús entendió que Teilhard de Chardin podía causar perturbaciones en París, donde ejercía la docencia, ya con mucha autoridad en los círculos científicos. Acababa de ofrecer a un inquieto alumno una interpretación del pecado original que tenía muchos visos de herejía. Como sabio, honraba a la Compañía. Como religioso, la alarmaba. Que viajara, pues. Que diera rienda suelta a su afición a las excavaciones en los lugares más recónditos del planeta, siempre a la busca



1

2

1. La familia de Juan XXIII durante las ceremonias en que fue consagrado papa: su sobrina Angélica (izquierda), su hermana Assunta y sus tres hermanos: Alfredo, Saverio y Giovanni.

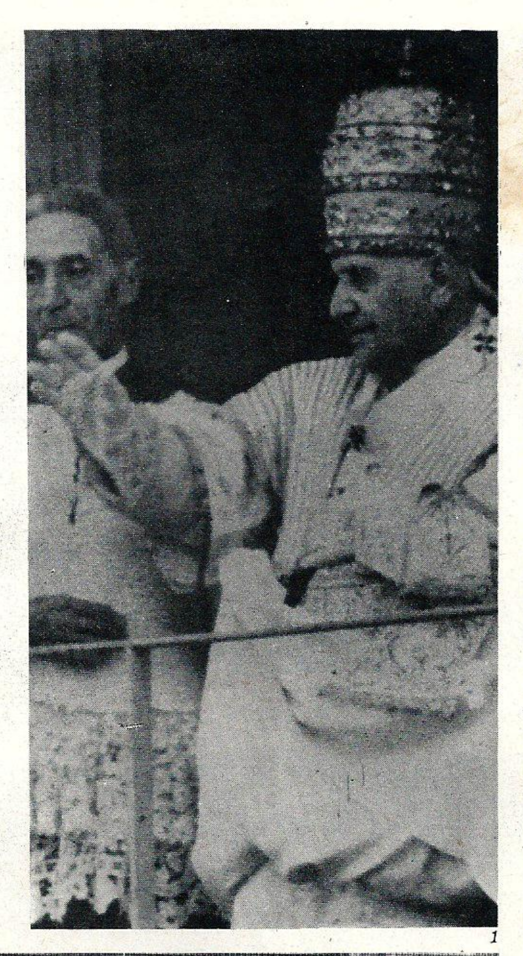
2. Juan XXIII en 1952 con sus hermanos Giovanni, Saverio, Alfredo y Giuseppe.

1. El 4 de noviembre de 1958, Juan XXIII da su primera bendición Urbi et Orbi *(a la ciudad y al mundo) luego de su consagración como jefe de la Iglesia cristiana.*

2. Juan XXIII besa un crucifijo durante las solemnes ceremonias de celebración del Viernes Santo en San Pablo Extramuros.

En la página 7

1. Monseñor Roncalli, nuncio apostólico en París, recibe la birreta de cardenal de manos del presidente francés Vincent Auriol.



1



de "eslabones perdidos". Y Teilhard de Chardin peregrinó por el Asia Central, por Java, por Etiopía, por Birmania, por la India, por las Américas y por China, donde permaneció diez años. Entretanto, monseñor Roncalli, el campesino lombardo, también un estudioso, se había convertido, tras "haber pisoteado el orgullo y todo amor propio", en un eficaz agente de la propagación de la fe y en un sagaz diplomático de la Santa Sede.

Teilhard de Chardin hacía descubrimientos. Enviaba informes a las entidades doctas. Y escribía libros de una audacia extrema. Reveladores de una profunda religiosidad y, al mismo tiempo, de una irrefrenable pasión por la ciencia. Causaba una conmoción en los espíritus y provocaba encendidas polémicas. Avanzar en el conocimiento, decía, era acercarse a Dios. El hombre, insistía, "ha penetrado silenciosamente en el Cosmos", al cabo de una evolución ininterrumpida en el curso de millones y millones de años. Desde el cuanto, desde la luz primigenia, hasta el hombre. Alfa y Omega. Buscar a Dios es encontrarlo. "Creo que el cosmos es una evolución. Creo que esa evolución se orienta en dirección al espíritu. Creo que el espíritu culmina en lo personal. Creo que lo personal culmina en el Cristo universal, en el Cristo cósmico". Y también: "La evolución está en marcha. Actúa de Occidente a Oriente en un terreno cada vez más rico y complicado. Con la totalidad de los espíritus va hacia el espíritu, más allá de naciones y razas, en pos de esa inevitable unificación de la humanidad que ya ha comenzado". ¿No era todo esto excesivo?

En el otoño de 1948, el eterno peregrino viajó a Roma. Nunca había estado en la Ciudad Eterna, donde había sido denunciado. Fue allí con dos pretensiones: que se le permitiera aceptar la cátedra que el Collège de France le había ofrecido en París y que se le dejara publicar su obra fundamental *Le Phenomène humain.* Fue tratado con mucha consideración, pero le fueron rechazadas ambas solicitudes. Teilhard de Chardin acató la decisión de sus superiores. Nunca se rebeló contra la Iglesia ni contra la Compañía. *Obeire inde ac cadaver.* En aquel tiempo, monseñor Roncalli, su contemporáneo, era nuncio apostólico en la agitada Francia de la posguerra. Pero monseñor Roncalli poco podía hacer por el padre Teilhard de Chardin. Era Roma la que mandaba.

Hubo que emprender de nuevo, cargado de años y de amarguras, el camino del destierro. Teilhard de Chardin se trasladó a Nueva York. Allí lo sorprendió la muerte —un ataque cardíaco—, a los 74 años de edad. Su contemporáneo de Sotto il Monte era en aquel entonces cardenal, arzobispo y patriarca de Venecia. No se imaginaba aún, tras una carrera eclesiástica con la que su humildad nunca había soñado, que

tendría que cambiar su nombre por el de Juan XXIII.

¿Fué Teilhard de Chardin un heterodoxo, un hereje? Nunca fue declarado tal. Nunca fue calificado de *vitandus*. Se publicaron sus obras después de su muerte. Siguen provocando debates. Ni se las acepta ni se las rechaza. ¿Hasta qué punto son compatibles con el dogma católico? En estos tiempos de fluidez e incertidumbre extremas, muchos de los que se asoman a ellas, católicos y no católicos, sienten su peligroso atractivo. Quedan ahí como un puente entre la fe y la ciencia, como una reserva para cualquier cambio que las circunstancias impongan. "Tendré contra mí —dijo este patético sabio jesuita— a los metafísicos puros y a los representantes de las ciencias de la naturaleza. Pero, sinceramente, no sé qué otra cosa podría decirse, si se quiere buscar el lugar adecuado para el hombre en el cosmos".

Ángel José Roncalli nunca pasó por estas desgarradoras pruebas. Como su contemporáneo, fue un estudioso, buen conocedor de la historia de la Iglesia y del mundo. Como su contemporáneo, presentó, como testigo muy consciente, los grandes sacudimientos y las enormes transformaciones que han caracterizado a nuestro siglo. Pero, en contraste con su contemporáneo, con el causante de tantas turbaciones e inquietudes, siempre había sido considerado como imperturbable y nunca perturbador en su fe, como la personificación de la más pura ortodoxia católica, de esa ortodoxia que se enfrenta con otra más reciente que, si bien se declara antidogmática, es igualmente rigurosa: la del materialismo dialéctico marxista-leninista.

Sin embargo, Ángel José Roncalli estaba llamado a sacudir las conciencias y a provocar tumultos. Iba a hacerlo como Juan XXIII, papa.

De la aldea a Roma

Sotto il Monte ... Un pueblecito de labradores, a unos quince kilómetros del tranquilo Bérgamo y a unos cincuenta del febril Milán. En una ladera, en plena campiña lombarda. Con el monte Canto detrás y el río Adda, afluente del Po, delante. Huertas. Frutales. Arboledas. Viñedos de los que se obtiene un buen vino. Unos vecinos que, de generación en generación, se dedican a los trabajos del campo, sin perjuicio de proporcionar soldados a la patria y obreros a sus fábricas. Vidas apacibles, con sus penas y alegrías, gobernadas por las estaciones y las campanas de la modesta iglesia parroquial. Toques del alba, del ángelus, de ánimas. Son campanas que tienen cálidos ecos emocionales, que resuenan de un modo especial en el sereno ambiente campesino. En una casa de este Sotto il Monte, en el hogar ya bien poblado de los Roncalli —de Juan Bautista Roncalli y de Mariana Mazzola—, nació el 25 de noviembre de 1881 el niño destinado a convertirse en su ancianidad en el papa Juan XXIII y en un "hombre de la historia". Era un hogar de gente esforzada y piadosa, de muy reducidos medios y de una acendrada fe católica, carente de la menor fisura, del menor hueco para la duda, como producto de una vieja tradición cultural y de las condiciones del medio. Fue la fe que el niño Ángel José recibió de sus padres, se fortaleció con una temprana vocación sacerdotal y sirvió de guía a una conducta que, como a tono con valores éticos universales, creyentes y no creyentes juzgaron ejemplar. Pero dejemos que sea el propio Juan XXIII quien describa el clima de sus primeros años.

"¿Qué sería yo —dijo en 1954, cuando era ya un 'príncipe de la Iglesia', como cardenal-arzobispo y patriarca de Venecia— si el Señor no me hubiera llamado un buen día a otra actividad? Sería un labrador, como lo son muchos sobrinos míos, quienes, aún después de recibir instrucción y cultura, han preferido permanecer en los campos para trabajar; otros, porque tampoco a ellos, como en cierto modo a todos los italianos, les resultó la tierra suficiente para los brazos cada vez más numerosos, se han marchado a fábricas y talleres. Recuerdo a mi padre, jefe de una familia bastante numerosa. '¿Cómo os arreglaréis con tantos hijos?', le preguntaban. Sin turbarse, les contestaba: 'Cuando me levanto y contemplo el sol, pienso que el Señor proveerá para el nuevo día, como cuida de que la hierba crezca y de que los pájaros se alimenten'. ¿Por qué os recuerdo estas cosas? Para que veáis cómo están unidos el espíritu del sacerdote y el espíritu de los trabajadores. No me humilla en modo alguno decir que todos mis hermanos son trabajadores y que yo soy hijo de labriegos."

Y ya como papa, el 1º de marzo de 1959, dijo: "Desde que el Señor quiso llamarme al gobierno supremo de la Iglesia, habéis oído hablar con frecuencia del humilde origen del nuevo papa, proveniente de una modesta familia. Pues bien, lo digo con emoción grande y un profundo agradecimiento a Dios: sí, sí, a mi familia, no tan pobre como algunos la han presentado, pero rica sobre todo en gracias espirituales; a los ejemplos de mis buenos padres, padre y madre, siempre grabados en mi corazón; a la atmósfera de bondad, sencillez y rectitud que respiré desde mi infancia debo gran parte de mi vocación sacerdotal".

Un elemento de aquella atmósfera era el párroco de Sotto il Monte. Habló repetidamente al matrimonio Roncalli del niño Ángel José. "Es tan bueno y obediente y, al mismo tiempo, tan despierto ... Y es tanta su piedad ... Sólo ve el lado bueno de las cosas. Convendría que continuara sus estudios en el seminario diocesano. Si sus inclinaciones se transforman en una firme vocación, podrán tener en la familia un excelente sacerdote. Piensen que Bérgamo está aquí cerquita. Verán a su hijo constantemente".

Corría el año 1881. Era la *belle époque* de Europa. Liberalismo económico. *Laissez faire* a todo trapo. Arrebatiña de territorios coloniales, so capa de "empresas civilizadoras". Salarios y jornadas laborales regulados por la oferta y la demanda. Pero eran también tiempos de creciente agitación obrera en los centros fabriles. Las doctrinas marxistas comenzaban a dar mucho que hacer. El *Manifiesto comunista*, ese folleto que, según el economista Charles Gide, "hace diana en cada una de sus frases", databa de enero de 1848. Era el breviario de los movimientos socialistas. Se había publicado ya, en 1867, el primer volumen de *El capital*, destinado a convertirse en una especie de Biblia de esos mismos movimientos. Fue entonces cuando el papa León XIII entró en la palestra con su encíclica *Rerum novarum*, la primera "encíclica social de la Iglesia". Dio mucho que hablar. "Sale al paso de las injusticias sociales", dijeron unos. "Sale en defensa de la propiedad privada, causa de tantas injusticias", dijeron otros.

En 1961, a los setenta años del acontecimiento, Juan XXIII recordaba todavía, siempre riguroso en su ortodoxia católica, la impresión que causó en su mente infantil la publicación de la *Rerum novarum*. "El humilde papa sucesor de León XIII que os habla era un chiquillo de diez años en 1891. Pero recuerda perfectamente cómo en su parroquia y a su alrededor se repetían en iglesias y asambleas las palabras iniciales de aquel documento *Rerum novarum* —apenas entonces conocía el latín— como el título de una enseñanza, no improvisada en verdad, sino antiquísima, como el Evangelio de Jesús, y puesta en aquel mayo de 1891 a una luz nueva, más apropiada a las modernas circunstancias del mundo". Fueron palabras pronunciadas el mismo mes y año en que se publicó la encíclica *Mater et magistra*.

Pero, entre una y otra encíclica, iban a ocurrir muchas cosas. Por de pronto, en 1892, Ángel José Roncalli ingresó en el seminario diocesano de Bérgamo. Transcurriría allí toda su adolescencia. Como un alumno estudioso, disciplinado, obediente y devoto. Todo le parecía natural y lleno de sentido, hasta lo sobrenatural. Hasta lo que para otros eran penosas renuncias, no siempre aceptadas. Mucho latín. Mucho derecho canónico. Mucho ritual. Muchos rezos. Ostiario, lector, exorcista, acólito, subdiácono, diácono ... Es áspero el camino que conduce al sacerdocio. No todos llegan a esa meta que se conmemora con la celebración de la "primera misa".

Ángel José Roncalli lo recorrió en Bérgamo sin el menor tropiezo. Con sencillez. Con naturalidad. Tenaz y duro, como un buen campesino bergamasco. Tal vez porque ya se había impuesto la renuncia a cuanto fuera gratificación personal como una con-

dición de la entrega total a la misión asumida y como una norma de su ascetismo, de su busca de eso tan difícil que se llama la perfección cristiana. "Cuando uno pisotea su orgullo y su amor propio —dijo en una ocasión—, se vuelve capaz de hacer lo que el Señor propone y el alma permanece en paz para siempre". Y agregó con ese donaire de rústico que nunca abandonó por completo: "Hasta se vuelve capaz de hacer de papa". Iba a tener que hacerlo.

Al cabo de ocho años, con el comienzo del nuevo siglo, los profesores del seminario entendieron que aquel aventajado alumno debía completar sus estudios en Roma. En aquella Roma donde la "cuestión romana" —el dominio de la Ciudad Eterna, asumido *manu militari* por Víctor Manuel II en 1870— seguía envenenando las relaciones entre el papado y el unificado estado de Italia. Y a Roma fue, siempre obediente, Ángel José Roncalli. No era todavía un sacerdote. Era todavía un simple seminarista. Y llegaba a la edad del servicio militar.

Soldado

En aquel tiempo, con las potencias europeas mirándose de reojo, alineadas en alianzas y con una sed insaciable de materias primas y mercados, el servicio militar no era grano de anís. Suponía normalmente tres años bajo banderas. Podía frustrar muchas carreras y desviar muchos destinos. Pero existía en algunos países la institución del "soldado de cuota", utilizada por los "hijos de papá" y cuantos pertenecieran a hogares con holgura económica. En Italia, esta institución consistía en presentarse como voluntario y pagar mil liras, cantidad nada desdeñable bajo el patrón oro que entonces regía. Con estos requisitos, los otros tres años de servicio militar se reducían a uno y se podía además elegir destino. Sin hablar de otras ventajas menores. La familia Roncalli no disponía, desde luego, de las mil liras. Pero la curia de Bérgamo estaba interesada en que el joven Ángel José no interrumpiera sus estudios en el seminario romano. Pagó las mil liras para que el futuro papa se presentara como voluntario. Y fue en estas condiciones como el lucido seminarista se presentó en un cuartel de Roma y tuvo su primera experiencia militar. No fue la única. Porque años después, envuelta Italia en la segunda guerra mundial, tuvo, ya sacerdote avezado, la segunda, mucho más dolorosa. Entre 1915 y 1918 actuó de capellán militar en los frentes. Ya como Juan XXIII, como el papa de la encíclica *Pacem in terris*, evocó en varias ocasiones los recuerdos de aquellas experiencias.

"Todos aquellos buenos oficiales —dijo ante unos veteranos— se dijeron: '¡Aquí tenemos a un buen sargento!' Querían que entrara en aquel orden de cosas. 'Sargento precisamente no podré ser. Me contento con ser un buen soldado. Después, poco a poco, lo que disponga la Providencia'. Y, al cabo de un año de servicio voluntario, llegué nada menos que a sargento. ¡Imaginaos!" Cuesta, en efecto, imaginarse al *Papa buono* actuando de sargento instructor, de voz tonante y lenguaje cuando menos rotundo. ¿Cómo se las arreglaría?

En otra ocasión, conversando con una delegación de capellanes militares, dijo: "El año de servicio voluntario, a los veinte, fue para mí bastante útil y fecundo, pues, al permitirme conocer a muchas personas en especialísimas condiciones de vida, me procuró la posibilidad de ahondar más en el alma humana, con incalculable ayuda para mi preparación sacerdotal. En cuanto al servicio que presté como capellán en los hospitales militares en tiempo de guerra, fue inolvidable. Me permitió descubrir, en el gemido de los heridos y los enfermos, la aspiración universal a la paz, bien supremo de la humanidad. Nunca como entonces —y también en lo sucesivo, en las coyunturas de la última conflagración mundial, durante la que fui instrumento de la caridad incansable de Pío XII en las naciones donde estuve destinado como representante de la sede apostólica—, sentí hasta qué punto es grande el deseo de paz del hombre, especialmente de quien, como el soldado, confía en preparar las bases para el porvenir con su sacrificio personal y a veces con la inmolación suprema de la vida..." ¿Teilhard de Chardin? En aquel tiempo, cumplía una misión parecida en el frente de Verdun.

Fueron, unas y otras, recordaciones y palabras de circunstancias, bien medidas, pues Juan XXIII, con independencia de su inclinación natural a ver el lado bueno de las cosas y a huir de críticas y condenaciones, tenía una larga experiencia de diplomático sagaz y sabía "hablar sin comprometerse". Como sabía identificarse con todos sus predecesores. Pero fueron recordaciones y palabras que anunciaban la encíclica que iba a constituir una denodada defensa, desde el punto de vista católico, de "la paz en la tierra, profunda aspiración de los hombres de todos los tiempos". En los hospitales militares, *il Papa buono* había tenido ocasión de ver "el lado feo de la guerra", ese lado que no aciertan a ver tantos gobernantes.

De Roma al ancho mundo

Ángel José Roncalli estudia en el seminario de Roma entre 1901 y 1905. Mucha teología. Mucha historia, con especial hincapié en la eclesiástica. Lenguas muertas y vivas. Tiene muchos compañeros. No todos de la misma pasta. Hay quienes ceden ante las tentaciones de la gran ciudad. Hay quienes son apartados de la senda del sacerdocio por los propios estudios. Hay quienes inclusive levantarán bandera de rebeldía. Pero esto ha ocurrido siempre. Y la fe y la piedad del joven campesino son de una pieza. Sin ser ofensivamente rígidas. *Flectar, non frangar*. Doblarse, no romperse. Es, se lo dicen sus estudios, la tradición de la Iglesia.

Es todavía alumno del seminario cuando le llega, el 10 de agosto de 1904, el solemne momento de su ordenación sacerdotal. La ceremonia se celebra en la iglesia de Santa María en Monte Santo. Con el imponente ritual habitual. Ya como Juan XXIII, Ángel José Roncalli evocó en varias ocasiones con emoción esta ceremonia tan trascendental para su vida. ¡La primera misa! No sin que la recordación dejara de tener matices de tristeza. Porque el futuro papa fue ayudado en la ceremonia por Ernesto Buonaiuti, quien había sido durante unos meses su compañero de dormitorio en el seminario y había sido ordenado sacerdote un año antes. Y Buonaiuti, como incurso en los "errores modernos" y franco rebelde, fue excomulgado dos veces y finalmente declarado *vitando*, que significa odioso, execrable. El campesino de Sotto il Monte iniciaba su carrera eclesiástica en tiempos que eran ya duros para la Iglesia. No es este relato biográfico una hagiografía. Aspira a tener un sentido crítico. Pero es difícil comprender a Juan XXIII si no se tiene en cuenta la escala de valores que, establecida desde su primera infancia, mantuvo con firmeza durante toda su vida.

Quienes no compartan esa escala de valores sonreirán tal vez al enterarse que, cuando, como joven seminarista, sentía tumultos interiores, iba al templo de San Ignacio en Roma para pedir a los santos Luis Gonzaga y Juan Berchman que le conservaran la "gracia de la castidad". Como sonreirán, olvidándose de que el estudioso sacerdote fue también sencillo hijo del pueblo, de la afición que tuvo a las manifestaciones populares de la fe. Asistió a innumerables peregrinaciones. Estuvo diez veces en Lourdes, cinco en Paray-le-Monial, varias en Loreto y una en Fátima. Y, si no estuvo siempre de acuerdo con cuanto vio en estos lugares de apariciones y milagros, entendió invariablemente que había en estas emociones colectivas un saldo positivo para la fe de la que era exponente y defensor.

Siempre tuvo afición por los estudios históricos. Sintió admiración por el cardenal César Baronio, el "historiador de la Iglesia", el autor de los *Annales escolastici*, y por el cardenal Angelo Mai, el incansable buscador de palimpsestos, esos manuscritos que muestran huellas de una escritura anterior y que tantas revelaciones han procurado a los investigadores. Fue profesor de historia eclesiástica y dio lecciones de patrística en el ateneo del Apolinar. Y sus estudios sobre San Carlos Borromeo, estimulados por el descubrimiento de una vasta documentación en el archivo arzobispal de Milán, se extendieron, como nunca abandonados a pesar de muchas y muy diversas misiones, a lo largo de medio siglo y reve-

1. La plaza de San Pedro llena de fieles mientras el papa Juan XXIII pronuncia su mensaje de Navidad.

2. Renovación de la guardia suiza en el Vaticano.

En la página 11:
1. Una escena de la coronación de Juan XXIII como papa.



1

laron muchos aspectos de la historia de Milán y Bérgamo en los últimos siglos. Milán y Bérgamo... En 1905, el padre Ángel José Roncalli se convirtió en el secretario de monseñor Jaime Radini Tedeschi. Este prelado fue para el futuro papa, según lo declaró en 1953, "la estrella de mi juventud sacerdotal y el maestro de mi vida de eclesiástico y de servidor de la Santa Iglesia y del papa". De nuevo en tierras lombardas, en tierras bergamascas. Actividades múltiples en el nuevo cargo, siempre obediente. Hasta la misma muerte de monseñor Radini Tedeschi, el 22 de agosto de 1914, ya iniciada la primera guerra mundial. Después, los años de servicios como capellán en los hospitales militares inmediatos al frente, a veces "en condiciones en extremo duras". Después, de nuevo a Bérgamo, como director espiritual del seminario diocesano. Después, ya como sacerdote de altos méritos reconocidos, de nuevo a Roma, como presidente del consejo central italiano de la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe. "¡Ese Roncalli, que nada pide, que siempre obedece, que siempre se desempeña bien! Sería un buen misionero *in partibus infidelium*".

En marzo de 1925, el padre Roncalli se convirtió en monseñor Roncalli. Fue consagrado obispo en la iglesia romana de San Carlo al Corso y nombrado visitador apostólico en Bulgaria. Lo aceptó todo sin chistar. Sin orgullo, sin amor propio, se consideraba "capaz de hacer cuanto el Señor propusiera". En 1903, había escrito en su cuaderno de notas: "No debo hablar inútilmente; acabada una acción, comenzaré otra, sin intervalos. Y cuando tenga que hablar, me impongo como norma no hablar nunca de mí, ni bien ni mal; ni siquiera aludiré a hechos míos, salvo cuando me lo pregunten expresamente". Obedecía y callaba.

Fue así como pasó de Roma al ancho mundo.

Una carrera eclesiástica

Un poco al modo de las mujeres honradas, los buenos sacerdotes, sea cual fuere su religión, no tienen historia. Aunque ejerció innumerables funciones y actividades como eclesiástico, Ángel José Roncalli pudo resumir la suya en 1953, recién nombrado cardenal y patriarca de Venecia, en unos pocos párrafos. No era todavía un "hombre de la historia". Si no hubiese llegado, ya a edad provecta, por el camino de la obediencia, al solio pontificio, no hubiera sido más que uno de los muchos "príncipes de la Iglesia" que sólo dejan huellas, más o menos gratas, mejor o peor orientadas —hay de todo en la viña del Señor—, en los ámbitos locales o en estudios históricos muy especializados.

"Vuelvo a considerar —dijo el cardenal Roncalli, al celebrar su jubileo sacerdotal en Venecia— mis cincuenta años de vida sacerdotal. Diez en la escuela de un gran obispo, Jaime Radini Tedeschi, una escuela y un ejercicio de apostolado religioso. Otros diez de más intensa entrega a las obras modernas de contacto espiritual, a la enseñanza, a la dirección de la juventud hacia la vida sacerdotal o al apostolado seglar, con una culminación en grandes visiones de cooperación para la conquista misionera. Otros diez con carácter episcopal entre gente extranjera, hermanos separados, de otra raza, lengua y tradición. Otros diez más allá, entre las ruinas del oriente cristiano, en ejercicio de ministerio ordinario, dedicado a la guarda y la busca de las desperdigadas ovejas de Cristo y al estudio intenso en procura de una recuperación y una reconquista. Y, por fin, los últimos diez años en el servicio más directo de la Santa Sede, en la ciudad llamada el *carrefour* de Europa, si no del mundo entero. Con un paso hacia esta laguna encantadora, hacia esta tierra de San Marcos, tan cargada de gloria y tan vibrante aún de fervor religioso...

"¡Qué motivo de confusión para mí es el recuerdo de este medio siglo! Confusión que es al mismo tiempo gratitud y rubor. Gratitud por las renovadas gracias que me sostuvieron. Rubor a la par por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias... Pero el recuerdo del pasado no me libra de la visión del presente. Y el presente es para mí esta *venerabilis senectus* que espero que sea también una gracia grande para vosotros..."

¿Fueron tantos "los pecados, ofensas y negligencias" de quien a los pocos años se convertiría en Juan XXIII? Ya se sabe que el más santo peca siete veces siete cada día. La "perfección cristiana" es algo muy difícil de alcanzar. Pero lo cierto es que Ángel José Roncalli dejó en todas partes, como simple sacerdote o monseñor, el recuerdo de un hombre comprensivo y cordial, ponderado y apacible.

Conviene, sin embargo, situarlo en su contexto. Su carrera eclesiástica se desarrolló bajo los pontificados de León XIII, Pío X, Benedicto XI, Pío XI y Pío XII. En tiempos de tumultos, de guerras y revoluciones, de sacudidas y cambios, no únicamente en los órdenes político y social. En tiempos muy difíciles para la Iglesia católica. Como siguen siendo los presentes. De hecho, todas las religiones están sometidas a un constante acoso en el mundo de nuestros días. Acudamos, en procura de un cuadro general a este respecto, a textos que aspiran a la mayor objetividad posible, como fiscalizados por autoridades de muy diversas y encontradas tendencias. Acudamos al volumen II —"El siglo XX"— de la *Historia de la Humanidad* publicada por la UNESCO.

"Continuaron actuando —se lee en las páginas 851 y 852 de la versión inglesa de esta obra— las fuerzas que habían generado la indiferencia o el extrañamiento religioso en los primeros años del siglo. Las tendencias secularizadoras mantuvieron su vigor y se extendieron a regiones no occidentales con la difusión del conocimiento científico, la instrucción y las influencias culturales de Occidente. Aunque las certidumbres de la ciencia mecanicista del siglo XIX cedieron el sitio a la relatividad y la incertidumbre científicas, la ciencia penetró cada vez más en zonas que la religión juzgaba dominio propio, a medida que biólogos y químicos se acercaban a una comprensión de la naturaleza de la vida, los astrónomos obtenían nuevas percepciones sobre los probables orígenes y futuro del universo y los psicólogos, penetrando en los terrenos de la emoción y del subconsciente, exploraban la zona de la experiencia religiosa. La ciudad industrial en constante expansión procuraba un medio social religiosamente poco favorable para un creciente número de personas en el mundo. En las regiones dominadas por el comunismo, se difundían los conocimientos acerca del universo y la sociedad como un medio de lucha contra las creencias religiosas y las instituciones de la religión eran consideradas como un manto para la explotación burguesa que no tenía sitio en la sociedad nueva.

"Sin embargo, al mismo tiempo, había poderosas tendencias que estaban fortaleciendo el sentimiento religioso. La crisis de la civilización europea que provocó la primera guerra mundial socavó la fe en la ciencia y el progreso e hizo que muchos volvieran a las fuentes tradicionales de valores y apoyos. La Iglesia católica, que desde 1864 (encíclicas *Quanta cura* y *Syllabus de errores*) se había opuesto decididamente a concesiones doctrinales al saber o el espíritu del tiempo, refirmó los elementos básicos de la doctrina eclesiástica medieval y los superiores valores de la edad de la civilización religiosa. La encíclica *Quadragesimo anno* de 1931 renovó las enseñanzas sociales de la *Rerum novarum* (1891) e hizo de nuevo del concepto de justicia social la base de las reformas sociales. La restauración del papa en la condición temporal, el fomento de la instrucción católica y la creciente riqueza de la población católica de Estados Unidos proporcionaron una nueva fuerza a la Iglesia y renovaron su prestigio. Movimientos juveniles católicos trataron de mantener a la juventud de la clase obrera dentro de la Iglesia. La Acción Católica movilizó a grupos laicos para que promovieran la observancia religiosa entre sus vecinos y colaboraran en los trabajos que la Iglesia desarrollaba. Un movimiento hacia la conversión entre un sector de intelectuales, con inclusión de destacados escritores europeos que pedían un retorno a valores medievales, contribuyó a un renacimiento católico en Europa y la América latina."

Y en las páginas 867 y 868 de la misma obra, se lee:

"A pesar de serios quebrantos, la Iglesia católica consolidó su posición en la mayoría de los países. Perdió su posición oficial

en Francia, por la separación de la Iglesia y el Estado en 1905 y la expulsión de las órdenes religiosas, pero, después de la primera guerra mundial, se llegó a un *modus vivendi* favorable para la continuación y la extensión de la influencia de la Iglesia, el prestigio de ésta aumentó con la conversión de varios famosos autores franceses y la canonización de Juana de Arco cimentó los lazos entre la Iglesia y Francia. La pérdida temporaria de influencia en España, en años de la década de 1930, bajo la anticlerical República española, fue seguida por el completo atrincheramiento de la Iglesia en el régimen del general Franco. La posición de la Iglesia en Polonia se fortaleció cuando el país recuperó su independencia después de la primera guerra mundial, porque la Iglesia había sido asociada con la identidad y las aspiraciones nacionales del pueblo polaco frente a sus gobernantes, ortodoxos rusos o protestantes alemanes. Perdió terreno allí, sin embargo, cuando los comunistas asumieron el poder después de la segunda guerra mundial, aunque estableció una relación de convivencia con el régimen comunista. Después del restablecimiento del poder temporal en la Ciudad del Vaticano sirvió como un centro diplomático.

"La Iglesia católica se entendió con cada gobierno reaccionario en el período de su ascendiente (...), aceptando gobiernos de derecha como baluartes contra las amenazas de la izquierda antirreligiosa. Cuando los excesos totalitarios parecieron no dejar sitio para la autoridad independiente de la Iglesia, se enfrentó con estos mismos dictadores y ofreció dirección católica a los gobiernos democráticos que tras la caída de los dictadores se crearon. A pesar de las severas críticas de católicos de los países democráticos contra la política de contemporización de la Iglesia con los dictadores fascista y nazi, la proporción de católicos y su influencia aumentaron durante estos años en países democráticos como Holanda, Gran Bretaña y Bélgica."

Es dentro de este marco general donde hay que situar la carrera del hijo de labriegos entregado "al servicio de Dios, de su Iglesia y de la Santa Sede". Como simple sacerdote que desarrolla múltiples actividades en la Ciudad Eterna, ya dejadas atrás sus siempre muy queridas tierras bergamascas, fue testigo de las tensiones y los disturbios que agitaron a Italia inmediatamente después de la primera guerra mundial, cuando había ya surgido el primer estado socialista del mundo en el antiguo imperio de los zares, y de la "marcha sobre Roma" —en el año 1922— de las legiones fascistas que respondían a Benito Mussolini.

Entre 1925 y 1934, ya como prelado, designado primero visitador apostólico y luego primer delegado apostólico en Bulgaria, presenció desde aquella Sofía del rey Boris III muchos trascendentales acontecimientos, faustos o infaustos. Entre otros, los acuerdos de Letrán entre el papado y Mussolini, con la consiguiente liquidación de la "cuestión romana" y creación del Estado de la Ciudad del Vaticano, y la catástrofe financiera de Wall Street, comienzo de una depresión económica que afectaría a todo el mundo. Entre otros, en 1932, la creación por el Japón del Estado de Manchukuo en la conquista da Manchuria. Entre otros, en 1933, la ascensión de Hitler al poder en Alemania y la asunción de la presidencia de Estados Unidos por Roosevelt. Sin que nada lo apartara, sin embargo, del celoso cumplimiento de sus deberes apostólicos: la atención a la reducida grey católica, los contactos con los "hermanos separados" —¡aquellos búlgaros ortodoxos, con tan espléndidos coros religiosos, que miraban siempre con simpatía a Rusia, la hermana mayor!— y las relaciones con la minoría mahometana allí existente. Era un principio de "ecumenismo".

Entre 1934 y 1944, hubo que actuar como delegado apostólico en Grecia y Turquía. Y ¡en qué tiempos! Fueron los de la guerra civil española, seguidos, casi inmediatamente por los de la segunda guerra mundial. También se distinguió en estas nuevas tareas monseñor Ángel José Roncalli. Tenía el amparo de la neutral Turquía, escenario de muchas intrigas de las potencias beligerantes. Se mantuvo en su puesto. Siempre obediente. Siempre activo y eficiente. Visitó a los griegos, tratando de mitigar los horrores de la guerra y la ocupación. Hizo varias peregrinaciones a Tierra Santa. Entró en contacto con muchas gentes. Amplió su visión de las cosas y los hombres. Su lema, *Oboedientia et pax*, inscrito en sus armas episcopales, era un escudo protector. Desarmaba a los furibundos.

Entre 1944 y 1953, hubo que asumir el cargo y las difíciles funciones de nuncio apostólico en Francia. En el París liberado, en la tumultuosa Francia de la posguerra, cuando los franceses, incluidos sectores católicos, formulaban muchas críticas contra la Santa Sede. El nuevo nuncio supo capear aquellos temporales. Mientras observaba atentamente la rápida transformación del mundo, la creciente agitación dentro de la misma Iglesia y las cada vez más peligrosas tensiones de la guerra fría. Se había entrado en la era nuclear, con los horrores de Hiroshima y Nagasaki... La enorme y populosa China se hacía comunista... La guerra de Corea... Los propios franceses enzarzados en Indochina y con crecientes dificultades en el Norte de África... ¡Cuántos problemas!

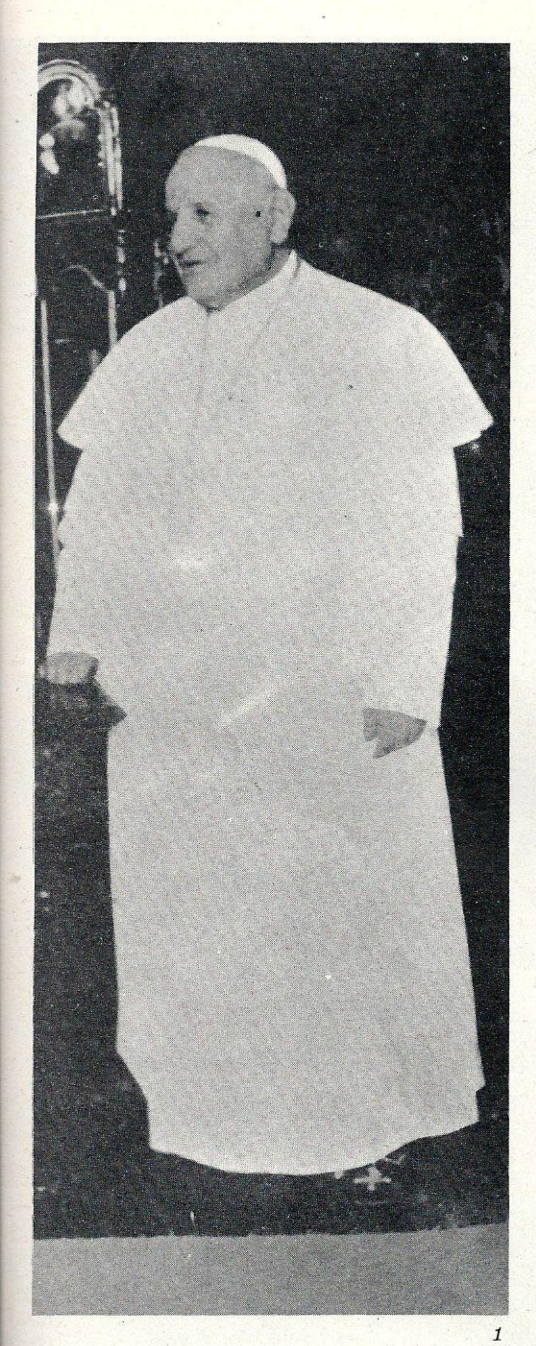
Fue en Francia donde monseñor Ángel José Roncalli perfeccionó su arte de sagaz diplomático de la Santa Sede, enemigo de condenaciones, más dado a realzar virtudes que a señalar vicios. En sus tratos con personas de todas las tendencias, practicaba la fórmula que había oído al cardenal Lescot, arzobispo de Burdeos, y que había quedado grabada en su mente: *Se regarder sans se défier; se rencontrer sans se craindre; s'entretenir sans se compromettre.* "Mirarse sin desafiarse; encontrarse sin temerse; conversar sin comprometerse". Por lo demás, el hijo de labriegos se sentía a sus anchas en todas partes. Se ajustaba al consejo que, hacía tiempo, en 1920, el cardenal Andrés Ferrari, otro de sus maestros, le había dado en carta que le escribió desde su lecho de muerte: "Se va adonde Dios llama, sin titubeos, abandonándose por completo a su amorosa providencia". También, sin pretender nunca "lucirse", se lució mucho en Francia monseñor Ángel José Roncalli. Llegó a ser muy estimado en todos los sectores. Y él, por su parte llegó a sentir un afecto especial por aquella Francia tan poblada de comunistas, descreídos e indiferentes. ¿No seguía siendo acaso esa nación la "hija primogénita de la Iglesia"?

¡Cuánta experiencia! Cuánto trato con gente de las ideas y condiciones más diversas! ¿Qué lecciones de esta larga y activa existencia aprendió el ya citado viejo prelado? Las resumió en pocas palabras en un discurso que pronunció en Venecia, ya como cardenal, en noviembre de 1963. "Los contactos —dijo— que la Providencia quiso que tuviera en Oriente y Occidente me han convencido, supuesto que fuera necesario, de que el mundo es pequeño y de que para los hombres de buena voluntad no existen ni pueden existir barreras insuperables."

En enero de 1953, Pío XII concedió a su nuncio en París el capelo cardenalicio y lo nombró arzobispo de Venecia, cargo que incluye la dignidad de patriarca. Nuevo traslado. Nuevo ascenso en la carrera eclesiástica. Monseñor aceptó su transformación en "príncipe de la Iglesia" sin chistar, con la "natural sencillez" que era uno de los principales rasgos de su carácter. Como había "pisoteado" su orgullo, no tenía falsas modestias. Los años le pesaban ya. Tenía setenta y dos. Consideró que había llegado a la culminación de su carrera. Trataría, en la medida en que sus menguadas fuerzas se lo permitieran, de cumplir como bueno en la "Reina de los Mares", tan cargada de historia y de bellezas.

Instalado en su nueva sede, siempre atento al cumplimiento de su misión, el cardenal Roncalli presenció, como observador penetrante y sagaz, muchas cosas entre 1953 y 1958. Stalin había muerto. Eran los tiempos de Eisenhower en Estados Unidos y de Malenkov y Bulganin en la Unión Soviética. Continuaban la guerra fría y una frenética carrera de armamentos. Los pueblos se agitaban, reclamaban cada vez con más impaciencia un puesto al sol y eran muchos los países que sacudían el yugo colonial. Una especie de "empate" en Corea. Dien Bien Phu en Indochina. La conferencia afro-asiática de Bandung, con su condenación del colonialismo. Derrocamiento de Perón en la Argentina. Las denuncias *post-mortem* contra Stalin. Las tan peligrosas crisis de Hungría y Suez. El desembarco, entonces considerado un simple in-





1

1. *Juan XXIII poco después de haber sido elegido papa.*

En las páginas 14 y 15:

1. *Juan XXIII en la Capilla Sixtina durante la celebración del segundo aniversario de su consagración como Sumo Pontífice.*

cidente, de Fidel Castro en Cuba. Bombas de hidrógeno. Comienzo de la era espacial con el lanzamiento del primer Sputnik. Levantamiento general en Argelia. Golpes y revoluciones. Un mundo en extremo inquieto, mantenido al borde del abismo por el "equilibrio del terror". ¡Cuántas angustias!

También las había dentro de la misma Iglesia. Se veía acusada por sus adversarios de institución anticuada y reaccionaria, aliada con los poderes del dinero y ella misma amasadora de riquezas. Era una vieja acusación, pero dolía cada vez más. No era tan fácil como antes el reclutamiento de nuevos sacerdotes, aunque el aumento general de la población procuraba nuevas masas de fieles en los países de tradición católica. Había muchas deserciones en los seminarios, aumentaba el número de sacerdotes que "colgaban la sotana" y el descreimiento parecía ganar terreno. Se estaban hundiendo muchos viejos valores sin que se acertara con el modo de llenar los huecos. En muy diversos sectores católicos se hablaba de la necesidad de "renovarse", de que la Iglesia se pusiera al día. So pena de quedarse irremediablemente atrás, había que seguir al mundo moderno en su frenética marcha hacia no se sabía dónde. Mientras el capitalismo y el socialismo, como dos sistemas antagónicos de organización social, se mantenían, mirándose desafiantes, con las espadas en alto.

Todo esto no quebrantaba la sólida fe del cardenal Roncalli, buen conocedor de la historia de la Iglesia. Y de los hombres. Era la "fe del carbonero", enaltecida por Teresa de Ávila, en un estudioso impenitente y en un observador alerta. ¿Es esto posible? Sí, es posible. El propio Juan XXIII lo demuestra.

Pero, ya en 1958, con 77 años de edad, el cardenal Roncalli se estaba diciendo seguramente que el sucesor de Pío XII, cuya salud declinaba, tendría que ser alguien relativamente joven, todavía en la plenitud de sus energías, de manera que la "nave de San Pedro" fuera conducida con mano firme en aquellos mares tempestuosos, sembrados de escollos. No se imaginaba en modo alguno que pudiera ser él el elegido. No se imaginaba en modo alguno, aunque siempre estuviera dispuesto "a ir adonde Dios lo llamara", que le faltaban aún por vivir los años más importantes y trascendentales de su vida.

El 9 de octubre de 1958 falleció Pío XII, un papa muy discutido. La Santa Sede quedaba vacante.

Cónclave

La Iglesia católica tiene una constitución que podría ser definida como la de una monarquía electiva. Con una faceta muy "democrática", en cuanto cualquiera, hasta un simple hijo de labriegos, puede ser elegido como "sucesor de San Pedro", obispo de Roma, en la "Santa Sede". Y, al mismo tiempo, con una faceta muy "absolutista", en cuanto el papa, como jefe de la Iglesia, tiene facultades autocráticas y prerrogativas absolutas que todo fiel católico debe aceptar. La autoridad del papa, a quien inspira el Espíritu Santo, viene de Dios, como toda autoridad. ¿La soberanía popular? Es admisible únicamente en relación con el poder civil, si se la considera como una de las formas en que la voluntad de Dios se expresa.

La rigidez de estos principios fue acentuada por las decisiones del primer Concilio Ecuménico del Vaticano, celebrado en 1869-70, en tiempos de Pío IX, y terminado un tanto bruscamente, a causa de la guerra franco-prusiana y la entrada de las tropas de Víctor Manuel II en Roma. Se proclamó entonces la "infalibilidad del papa, cuando habla *ex cathedra*", y la "plenitud de su suprema potestad". Los tiempos han cambiado tanto y son ahora tan inciertos que apenas se habla ya de la infalibilidad pontificia, inclusive dentro de la misma Iglesia. Se procura no hablar *ex cathedra*.

Como monarquía electiva, la Iglesia, en contraste con las monarquías hereditarias, no puede gritar: "¡El rey a muerto! ¡Viva el rey!" No hay heredero presunto. Hay que elegir al sucesor del papa fallecido, procurando que la Sede Apostólica quede vacante el menor tiempo posible. Es lo que hace, conforme a minuciosas reglas e imponente ceremonial, el Sacro Colegio —formado por los cardenales—, en el cónclave, palabra que significa "encerramiento bajo llave". Todo está previsto para que no se repita lo ocurrido en el siglo XIII, cuando los cardenales, abusando de su autoridad, mantuvieron vacante el trono de san Pedro durante dos años y nueve meses. La historia del papado, como todas las historias, tiene muchas sombras.

En aquel octubre de 1958, el mundo estaba muy revuelto. Khruschev acababa de asumir el poder en la Unión Soviética y, aunque tendía la mano a Eisenhower, la guerra fría continuaba. Había conflictos en muchas partes. Todas las miradas se dirigían hacia la Ciudad del Vaticano, invadida por periodistas y camarógrafos. ¿Quién sucedería a Pío XI y Pío XII, a quienes, según muchos, se habían mostrado tan "contemporizadores" con los regímenes fascistas y reaccionarios como duros en sus condenaciones del "comunismo ateo"? Se hablaba de discretas presiones diplomáticas. Se barajaban algunos nombres. No figuraba entre ellos el del cardenal Roncalli, arzobispo y patriarca de Venecia. Desde luego, los tiempos no parecían adecuados para que asumiera las abrumadoras responsabilidades del gobierno supremo de la Iglesia católica un anciano de 77 años, alejado durante casi toda su vida sacerdotal de la curia romana, de natural sencillo, de aspecto bondadoso y también un tanto rústico, como si nunca hubiera podido desprenderse del todo del "pelo de la dehesa".

Fue un cónclave bastante largo. Por lo vis-

to, se decía, no había aclamación y costaba reunir los dos tercios de los votos cardenalicios que exige la elección de un nuevo papa. ¿Cuánto duraría aquel riguroso encierro de los cardenales, aquel ir y venir entre la Capilla Sixtina y las celdas, donde se pedía inspiración al Espíritu Santo? Los maestros de ceremonias estaban repitiendo una y otra vez, por lo visto, las frases rituales. *In capellam, Domini... In cellam, Domini...* El mundo se mantenía expectante. La plaza de San Pedro estaba atestada día tras día. De peregrinos. De turistas y curiosos. De romanos, que siempre han tenido pasión por estas ceremonias. Incluidos los que votan por los candidatos comunistas. Que son muchos.

Finalmente, las voluntades cardenalicias se concertaron. Se optó por el cardenal Roncalli. Siguió allí dentro el solemne ceremonial. *Acceptasne electione...? Accepto. Quomodo vis vocari? Vocabor Johannes.*

¡Juan! Hacía tiempo que ningún papa había pensado en este nombre. Los veintidós Juanes anteriores pertenecían al Medievo. Se levantó el acta en la sacristía. Se volvió a la Capilla Sixtina. La *fumata* blanca anunció a la muchedumbre que la Iglesia católica contaba ya con un nuevo papa. Alboroto en la plaza. ¿Quién sería? Pronto quedó despejada la incógnita. El primer cardenal diácono se asomó e hizo el anuncio: *Annuncio vobis gaudium magnum: habemus Papam...* Era "el eminentísimo y reverendísimo señor Angel José Roncalli, quien se había impuesto el nombre de Juan". Clamor en la plaza. Se lanzan a vuelo todas las campanas de Roma. El mismo Juan XXIII se asoma poco después a dar su primera bendición *Urbi et Orbi*. A la ciudad y al mundo. Allí abajo, en la vasta plaza, es el delirio. De acuerdo con las viejas tradiciones, que, como parte de ese acervo cultural que señala rumbos y disipa incertidumbres, pesan tanto. La plaza de San Pedro es a este respecto un buen barómetro.

"Es un papa de transición —comentaron muchos—. Como los cardenales no han podido ponerse de acuerdo sobre quién debe ocupar el solio pontificio en estos tiempos tan difíciles y agitados, se ha optado por instalar en la silla gestatoria a un anciano apacible que no puede durar mucho ni está en condiciones de tomar iniciativas. La Iglesia entra en un compás de espera. Entretanto, continuarán las consultas y gestiones entre bastidores. Porque es indudable que, con todo, incluida la grey católica, tan revuelto, hace falta un papa de mucho remango. ¿Puede serlo este Juan XXIII?" Fue una primera impresión muy generalizada.

No duró mucho. El nuevo papa explicó que había elegido el nombre de Juan, olvidado desde el siglo XV, pensando en su padre, que se llamaba Juan, y pensando en San Juan Bautista, "precursor de Nuestro Señor", y en el evangelista San Juan, el del Apocalipsis. Y, si Juan XXIII conservó la sencillez que formaba parte de su herencia paterna, tomó muy en serio la nueva misión "a la que Dios lo llamaba" y tuvo algo de precursor y "apocalíptico". Su pontificado fue breve, pues duró menos de cinco años. Pero también trascendental, en cuanto sacudió una y otra vez las conciencias. No únicamente las de los católicos. Fue el pontificado de la convocatoria y la inauguración del Concilio Ecuménico Vaticano II y de dos encíclicas que hicieron muchísimo ruido: la *Mater et magistra* y la *Pacem in terris*.

La idea del Concilio

El mundo moderno... Se hacía inquietante para toda las confesiones religiosas, no únicamente para la católica. La ciencia progresaba a pasos de gigante e invadía los dominios tradicionalmente reservados para la fe, la "revelación", lo sobrenatural. Había mil rebeldías. Estaban cambiando rápidamente las costumbres y los conceptos éticos. Se hundían muchos viejos valores. El progreso tecnológico no remediaba las injusticias sociales. Antes bien, las acentuaba y hacía más patentes, mientras la población del mundo crecía como nunca lo había hecho. El descreimiento, no fomentado únicamente por las doctrinas sociales revolucionarias, era una marejada cuyas olas azotaban con violencia creciente a todos los credos.

La angustia hacía que se hablara ya, en actitud defensiva, de "ecumenismo", de "universalidad", de la necesidad de que se unieran todas las confesiones cristianas —los "hermanos separados"— y se establecieran inclusive relaciones, a la busca de lo que hay de común en todas las creencias religiosas, con los seguidores de otras "revelaciones" ajenas a Cristo. Se oían raramente los términos de "herejes", "infieles" o "paganos". Al mismo tiempo, el enfrentamiento entre dos mundos esencialmente antagónicos —el capitalista y el socialista— se enconaba año tras año y el peligro de que se desencadenara una conflagración nuclear era muy manifiesto. El llamado "equilibrio del terror", con sus efectos disuasivos, distaba de ser una garantía absoluta de que no ocurriría una catástrofe irreparable para el género humano.

¿Podía la Iglesia católica en estas condiciones mantenerse en un compás de espera, con los brazos cruzados? En todo caso, Juan XXIII no tardó en demostrar que era un "papa de remango". A los pocos meses de su consagración, ya había tomado tres importantes iniciativas: la convocatoria de un sínodo para la diócesis de Roma, instrucciones para que se fuera a una reforma del código canónico y el anuncio de que iba a celebrarse un nuevo concilio ecuménico, el segundo con su sede en el mismo Vaticano, el vigésimo primero en la historia de la Iglesia. Esta última era sin duda la iniciativa más importante. Causó conmoción, no únicamente en el mundo católico.

¡Un concilio ecuménico! El último había sido el primero del Vaticano y había terminado bruscamente con la entrada en Roma de los soldados de Víctor Manuel II. El penúltimo había sido el de Trento, el que, celebrado en el siglo XVI, se había enfrentado con la Reforma protestante. Era, sin duda, el más famoso. ¿Los demás? Los alumnos de los cursos de religión en la catolicísima España apelaban a una fórmula mnemotécnica para recordarlos: "Nicoe, Calcocó, Nicolá, Lalalá, Luluví, Coflorlá, Trivá." "La" significaba lateranense o de Letrán, una iglesia de Roma. "L" evocaba el nombre latino de Lyon, en Francia. "Tri" equivalía a tridentino o de Trento. Así, se podía recitar sin un gran esfuerzo de memoria: Nicea —donde se fijó el credo, en el 325—, Constantinopla, Efeso, Calcedonia, Constantinopla, Constantinopla, Nicea, Constantinopla, Letrán, Letrán, Letrán, Letrán, Lyón, Lyón, Viena —la de Francia—, Constanza, Florencia, Letrán, Trento y Vaticano. ¡Un lucido *tour de force*!

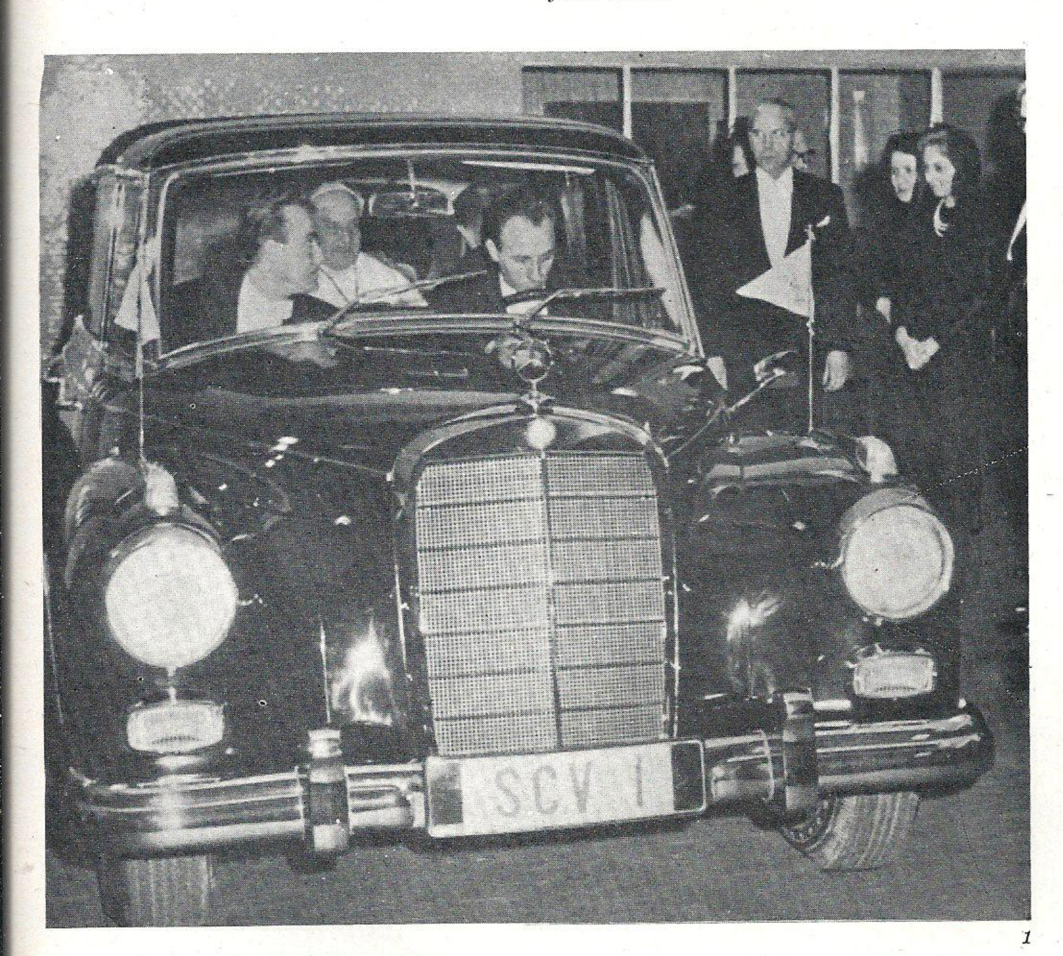
¿En qué consiste un concilio ecuménico? Puede ser definido como la junta de todos los obispos y otras autoridades de la Iglesia católica, convocados legítimamente, para tratar de cuestiones de dogma y disciplina. Es el recurso al que la Iglesia católica apela para encarar sus grandes problemas. Supone una enorme movilización. Ante un mundo que se transformaba a ojos vistas, Juan XXIII entendió que procedía una trascendental junta así. La Iglesia necesitaba ponerse al día, un *aggiornamento*.

El anuncio de la convocación del 21° concilio ecuménico se hizo el 25 de enero de 1959. En mayo de 1960, ya con el concilio en preparación, Juan XXIII, con su sencillez habitual, explicó a unos peregrinos cómo había tomado la iniciativa, juzgada por muchos de muy arriesgada.

"Una pregunta —les dijo— en un coloquio particular con el secretario de Estado, cardenal Tardini, hizo que se conviniera en que el mundo se hallaba envuelto en graves angustias y agitaciones. Observé, entre otras cosas, cómo se proclamaba que se quería la paz, llegar a acuerdos, pero que a veces, por desgracia, se acababa por agudizar disidencias y acrecentar amenazas. ¿Debía la mística navecilla de Cristo permanecer a merced de las olas e ir a la deriva? ¿No se esperaba de ella, no únicamente una nueva amonestación, sino también la luz de un gran ejemplo? ¿Cuál podría ser esta luz? Mi interlocutor escuchaba en actitud de respeto reverente y espera.

"En esto, me iluminó el espíritu una gran idea. Me asaltó precisamente en aquel momento y la acogí con indecible confianza en el divino Maestro. Y me vino a los labios una palabra solemne, que comprometía. Mi voz la expresó por primera vez: ¡un concilio! A decir verdad, tuve en seguida el temor de haber suscitado perplejidades, tal vez espanto. Iba a escuchar sin duda un primer inventario de dificultades, aunque sólo fuera porque el imprevisto anuncio ha-





1

1. El 17 de diciembre de 1960 Juan XXIII recibe un automóvil especialmente construido para su uso.

2. Juan XXIII visita el seminario en el que él estudiara en Roccantica.

2

cía pensar en la larga preparación que naturalmente tal propósito suponía. Pero la respuesta no se hizo esperar. El rostro del cardenal mostró una emoción clara; su asentimiento fue inmediato, jubiloso..."

Para el no creyente, hasta para el católico meramente nominal —¡hay tantos!—, todo esto puede parecer algo completamente ajeno a su propio mundo. Pero no precisamente música celestial, porque la Iglesia católica sigue siendo una poderosa fuerza en este cada vez más reducido y poblado planeta. En las capitales del "mundo occidental y cristiano", el anuncio del nuevo concilio mereció grandes titulares en las primeras planas de los diarios. Moscú se puso ceñudo. ¿Qué tramaba el Vaticano, ese "baluarte de la reacción, el capitalismo y el imperialismo"? Habría que estar en guardia. ¿Pekín? Estaba muy atareado haciendo su revolución, tenía ya rozamientos hasta con los comunistas soviétivos y bregaba con tradiciones culturales y religiosas muy diferentes de las cristianas. Hacía tiempo que había puesto en la puerta a los "misioneros", fueran católicos o protestantes. ¿El concilio? ¡Cosas de ese absurdo Occidente, contra el que China tenía tantos agravios! Pero Washington, saltándose a la torera los acuerdos de Ginebra, había instalado en Saigón a un católico, al "títere Ngo Dinh Diem". Y había otras razones para no descuidarse. También Pekín miró hacia Roma. Aunque fuera de reojo.

"Mater et magistra"

El concilio exigía, en efecto, una larga y compleja preparación. Con un "período antepreparatorio" y otro "período preparatorio". Esta gestación reclamaba mucho tiempo. Y entretanto, se cumplieron los setenta años de la publicación de la "inmortal encíclica *Rerum novarum*", en la que León XIII había fijado la "doctrina social de la Iglesia". Esta doctrina seguía en pie, confirmada por Pío XI con su encíclica *Quadragesimo anno* de 1931 y por Pío XII con su radiomensaje de Pentecostés de 1941, fecha del cincuentenario del documento, cuando estaba en pleno desarrollo la segunda guerra mundial, cuando Hitler, dueño ya de media Europa, se aprestaba al asalto contra la Unión Soviética y el Japón proyectaba su ataque contra Pearl Harbor. Desde entonces, el mundo había cambiado mucho. Y, si la doctrina social de la Iglesia seguía en pie, también seguían en pie en el año de gracia de 1961 los problemas y tensiones sociales. Con más aspereza que nunca. Juan XXIII decidió que la Iglesia debía lanzarse de nuevo a la palestra. Sin abandono de la doctrina enunciada por León XIII, pero estableciendo los "nuevos y vitales criterios" con que, ante las nuevas circunstancias del mundo, debía ser juzgada la "cuestión social". Y el 15 de mayo de 1961 publicó su encíclica *Mater et magistra*. ¿En qué consiste la "doctrina social de la Iglesia" que era preciso adaptar a los nuevos tiempos? La propia *Mater et magistra* recuerda lo que León XIII dijo "en años de transformaciones radicales, de fuertes contrastes y de acerbas rebeliones", cuando el liberalismo económico estaba en su apogeo, los trabajadores se veían sometidos a durísimas condiciones y los movimientos obreros adquirían pujanza, provocaban conflictos y choques y denunciaban al capitalismo en todos los tonos.

El trabajo debe ser "valorado y tratado, no como una mercancía, sino como expresión de la persona humana". La propiedad privada, incluida la de los bienes instrumentales —o sea, la de los medios de producción—, "es un derecho natural que el Estado no puede suprimir". El Estado debe procurar que "las condiciones de trabajo estén reguladas según la justicia y la equidad". Los trabajadores tienen el derecho natural de "formar asociaciones sólo de obreros o mixtas de obreros y patronos". En cuanto a obreros o empresarios, "deben regular sus relaciones inspirándose en el principio de la solidaridad humana y de la fraternidad cristiana; ya que tanto la competencia de tipo liberal como la lucha de clases de tipo marxista van contra la naturaleza y la concepción cristiana de la vida". Tales son los "principios fundamentales" de la *Rerum novarum*, calificada por la *Mater et magistra* de "*Carta Magna* de la reconstrucción económica de la época moderna".

Desde luego, las "encíclicas sociales" —una encíclica es una carta que el papa dirige a todos los obispos del orbe católico— nunca han tenido buena acogida en el campo marxista. Se ha dicho en él que las encíclicas no han resuelto problema social alguno y que las ventajas obtenidas por los trabajadores han sido siempre resultado de su propia lucha, a veces muy cruenta y dolorosa. Se ha dicho en él que la Iglesia, al atribuir el carácter de derecho natural a la propiedad privada de los medios de producción, se alinea con el capitalismo, causa de todos los males sociales, y que esto tiene su explicación en que la misma Iglesia, dueña de enormes riquezas e intereses, es una potencia capitalista. Se ha dicho en él que la Iglesia siempre se lanza a la pelea con una "encíclica social", con sus críticas contra los abusos del liberalismo económico, su defensa de los "humildes" y su recordación de que la propiedad privada, incluida la de los medios de producción, es "un derecho natural", cuando los males sociales se agudizan y el capitalismo se ve apremiado. Se ha dicho en él que así ocurrió en 1891, en 1931, cuando el mundo se debatía en una gravísima depresión económica, y en 1941, cuando Pío XII habló de la propiedad privada como del "espacio vital" de la familia, en una evocación del *Lebensraum* hitleriano. Y se ha dicho en él que así ocurrió igualmente en 1961, con la *Mater et magistra*.

¿Por qué, pues, esta encíclica armó en su tiempo tanto alboroto? ¿Por qué tuvo en el campo católico miles de glosadores, hermeneutas y comentaristas? ¿Por qué el mismo campo marxista le dedicó mucha atención y la sometió a minuciosos análisis críticos? ¿Se diferenciaba de los anteriores pronunciamientos sociales de la Iglesia?

Sí, aunque respetaba las esencias de la *Carta Magna* de León XIII. Respondía a las nuevas circunstancias del mundo con matices nuevos. Era más dura en sus denuncias de los males sociales. Hacía más hincapié en la defensa de los trabajadores y en el intervencionismo del Estado. Tronaba a veces, como a impulsos de la indignación. Hasta hablaba de "socialización", si bien este término, según cuidaron de señalarlo comentaristas católicos, significaba, como traducción de la expresión latina *socialium rationum incrementum*, no "estatificación", sino "incremento de las relaciones sociales". Algunos críticos marxistas calificaron a la encíclica de "manifiesto del neocapitalismo". Transcribamos como muestra uno de sus "truenos":

"Una profunda amargura —dijo Juan XXIII— embarga nuestro ánimo ante el espectáculo inmensamente triste de innumerables trabajadores de muchas naciones y de enteros continentes, a los cuales se les da un salario que los somete, a ellos y sus familias, a condiciones de vida infrahumanas. Esto, sin duda, se debe además al hecho de que, en aquellas naciones y en aquellos continentes, el proceso de la industrialización está en sus comienzos o está todavía en fase no suficientemente avanzada.

"Pero, en algunas de esas naciones, la abundancia y el lujo desenfrenado de unos pocos privilegiados contrastan de manera estridente y ofensiva con las condiciones de extremo malestar de muchísima gente; en otras, se llega a obligar a la actual generación a vivir con privaciones inhumanas para aumentar la eficiencia de la economía nacional conforme a ritmos acelerados que sobrepasan los límites que la justicia y la humanidad consienten; mientras, en otras naciones, un elevado tanto por ciento de la renta se consume en robustecer o mantener un mal entendido prestigio nacional o se gastan sumas enormes en armamentos.

"Además, en las naciones económicamente desarrolladas, no raras veces se echa de ver que, mientras se fijan compensaciones altas o altísimas por prestaciones de poco esfuerzo o de valor discutible, corresponden retribuciones demasiado bajas, insuficientes, al esfuerzo asiduo y provechoso de categorías enteras de ciudadanos honrados y trabajadores. Y, en todo caso, sin proporción con lo que contribuyen al bien de la comunidad, al rédito de la respectivas empresas o al rédito total de la economía de la nación."

¿Reacciones? A pesar del alboroto, las cosas siguieron igual. Es decir, con ese empeoramiento paulatino que nos ha traído hasta estos años de fin de siglo. Con "milagros económicos" y con crisis económicas y monetarias. Con un distanciamiento cada vez mayor entre ricos y pobres, se trate de

individuos o pueblos. Con crecientes tensiones sociales. Y con el mundo capitalista y el mundo socialista siempre enfrentados, sin que sus espadas levantadas asesten golpes nucleares porque lo impide el "equilibrio del terror".

Consignemos algo de lo que dice un comentarista católico de la *Mater et magistra*. "Arrancando de esa dolorosa experiencia —observa el profesor español Joaquín Ruiz-Giménez—, Juan XXIII pone de relieve que la historia reciente atestigua que, en los pueblos donde no se reconoce la propiedad privada de bienes, incluso de bienes productivos, 'se viola o se impide en absoluto el ejercicio de la libertad humana en cosas fundamentales', lo que hace pensar 'que el uso de la libertad encuentra tutela y estímulo en aquel derecho'... En otros términos, la propiedad privada se perfila, a la par, como garantía concreta de las libertades concretas de la persona y como elemento estabilizador de un recto orden o situación de paz y prosperidad en la nación. La ecuación 'propiedad = libertad' que pregonó la filosofía política inglesa del siglo XVII, con Locke al frente, y que enarbolaron después los escritores de la Ilustración, hasta plasmar en la 'Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de 1789', parecería tomar así pleno asiento en la doctrina social cristiana."

A algunos parecerá muy extraña esta identificación de la Iglesia con el autor del nada ortodoxo *Ensayo sobre el entendimiento humano*, con los escritores de la Ilustración, entre los que hubo tantos escépticos y ateos, y hasta con la Revolución Francesa. Pero se trata de la defensa de la propiedad privada. Y, por otra parte, tal identificación corre por cuenta del comentarista, no por la de Juan XXIII.

Consignemos igualmente el concepto que la *Mater et magistra* merece a un grupo de estudiosos soviéticos. Lo exponen en la nota 4 al Capítulo X de la obra de la UNESCO ya citada. No conformes con lo que se dice en el texto del capítulo, observan: "En cuanto se refiere a la 'justicia social', por la que se afirma que la Iglesia católica está luchando, es algo de hecho muy injusto, porque la propiedad privada de los medios de producción, que es la base de todas las clases de injusticia social, ha sido siempre y sigue siendo el símbolo de la fe católica. En la encíclica papal *Mater et magistra* (1961), como en una serie de otros documentos católicos, la propiedad privada es considerada como un irreemplazable elemento de una sociedad debidamente ordenada y productiva. A pesar de frases demagógicas acerca de 'socialización' y 'propiedad pública', esta encíclica papal es, desde la primera sílaba hasta la última, un intento de procurar una defensa ideológica a la institución de la propiedad privada. La *Mater et magistra* pide que los inmutables derechos de la propiedad privada sean preservados a cualquier precio. Sólo esos derechos, se afirma, pueden asegurar la independencia del individuo frente a la omnipotencia de la sociedad y del Estado. A juicio de Juan XXIII, esos derechos proporcionan una garantía de libertad así como un incentivo para preservarla."

¿Merece *il Papa buono* este vapuleo? ¿Es la propiedad privada de los medios de producción el "símbolo de la fe católica"? Capitalismo y socialismo. Tesis, antítesis y síntesis. O, si se prefiere, acción, reacción y equilibrio, siempre momentáneo. ¿Son tan contradictorios los términos? ¿No equivale la propiedad pública a la propiedad privada de todos y cada uno en los bienes comunes? Se piensa de nuevo en Teilhard de Chardin. Y se piensa también en la Iglesia ortodoxa rusa, tan afín a la católica en el dogma y tan identificada actualmente con el Estado soviético...

Comienza el Concilio

La preparación del Concilio Ecuménico Vaticano II había exigido casi cuatro años de preparación. Innumerables consultas a los obispos y las universidades católicas. La creación de una comisión central, bajo la presidencia del mismo papa, y de muchas comisiones con finalidades específicas. El examen y la clasificación de los miles de proposiciones que llegaban de todo el orbe católico. La redacción de los "esquemas" o anteproyectos que serían debatidos en la magna asamblea... El anciano pontífice se había negado a limitar el ámbito del concilio, destinado, según sus palabras, en la encíclica *Ad Petri cathedram*, a "promover el desarrollo de la fe católica, la renovación moral de la vida cristiana y la adaptación de la disciplina eclesiástica a las necesidades y los métodos de los tiempos". Y, aunque las deliberaciones preparatorias se mantenían secretas y las proposiciones que llegaban a miles revelaban el tumulto que había dentro de la misma Iglesia, quería también que, sin mengua de la natural reserva que reclamaban determinados debates, el concilio se celebrara muy a la luz del día, con amplia información para todos, incluidos aquéllos que no compartieran la fe católica.

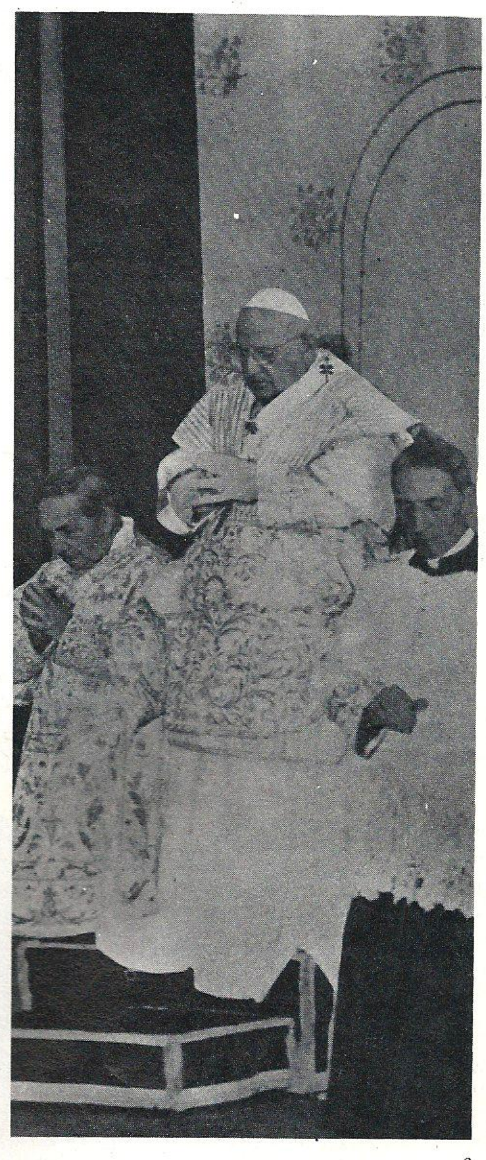
Aquellos casi cuatro años habían presenciado muchas cosas. El mundo seguían cada vez más revuelto. Fidel Castro había asumido el poder en Cuba. El "deshielo" en las relaciones entre Washington y Moscú había sido de corta duración y el "incidente del U-2" había puesto brusco término a la "conferencia en la cumbre" entre Eisenhower, McMillan, de Gaulle y Khruschev en París y devuelto a todos a los peores tiempos de la "guerra fría". Se hallaban en desarrollo cruentos conflictos en Indochina y Argelia. Como en el Congo, donde Lumumba había sido bárbaramente asesinado y Hammarskjoeld, el secretario general de las Naciones Unidas, había muerto en un misterioso accidente. Surgían nuevas naciones a la independencia y se multiplicaban las denuncias contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo. Kennedy había reemplazado a Eisenhower en la Casa Blanca. La fracasada aventura de la bahía de Cochinos, en Cuba, había echado mucha leña al fuego de la discordia. Tanta que la entrevista de Kennedy y Khruschev en Viena no había reducido en la menor medida la hoguera. Y, si el mundo había visto con asombro al soviético Gagarin volar en órbita alrededor de la tierra, la peligrosísima "crisis del Caribe" lo iba a poner al borde de la conflagración nuclear al poco tiempo de comenzado el concilio.

Fue en este tenso ambiente cuando se inauguró el concilio el 11 de octubre. Fue una inauguración solemnísima, al modo como sabe hacerlo la Iglesia católica, maestra en el arte del ritual. La espectacular procesión de los "padres del concilio", con participación de más de dos mil prelados, abades mitrados, generales de órdenes religiosas y otras autoridades eclesiásticas. La inmensa nave central de San Pedro convertida en sala de deliberaciones. La Iglesia revelando la mucha fuerza que conservaba en un mundo desgarrado por innumerables conflictos en plena era nuclear y espacial, tan llena de promesas y amenazas. Y todo presidido por aquel papa ya octogenario de aspecto bondadoso y sencillo, por aquel hijo de labriegos que, calificado en un principio de simple "papa de transición", es estaba revelando como un "papa revolucionario", según algunos lo llamaban, y despertaba innumerables simpatías.

Hasta Moscú, a pesar de tantas discrepancias fundamentales, veía en Juan XXIII a un hombre sincero y de buena voluntad, a un papa "accesible", con el que se podía dialogar. En noviembre de 1961, Khruschev había figurado entre los que habían felicitado al papa por sus ochenta años. Entre los "padres del concilio" se hallaban varios obispos procedentes del otro lado de la "cortina de hierro". Y asistían a la asamblea, en calidad de observadores, dos representantes de la Iglesia ortodoxa rusa. Moscú, aunque siguiera estimando que la "religión es el opio del pueblo", sabía por experiencia propia lo mucho que supone la fe. Y la facilidad con que se cree lo que se desea creer.

Siempre animoso, aunque sabía que estaban terminando los días que le eran dados, Juan XXIII habló a los "padres del concilio". Con palabras de estímulo, de aliento, de optimismo. Como buen conocedor de la historia de la Iglesia. Y como conocedor también de la alarma de muchos prelados y de que estaban chocando ya dos corrientes en la asamblea: la "renovadora" o "progresista" y la "conservadora".

"En el ejercicio cotidiano de mi ministerio pastoral —dijo a los "padres del concilio"—, llegan a veces a mis oídos insinuaciones de almas, inclusive celosas, pero no dotadas de mucha discreción ni de mesura. No ven en los tiempos modernos más que prevaricación y ruina; van diciendo que nuestra época, en comparación con las pa-

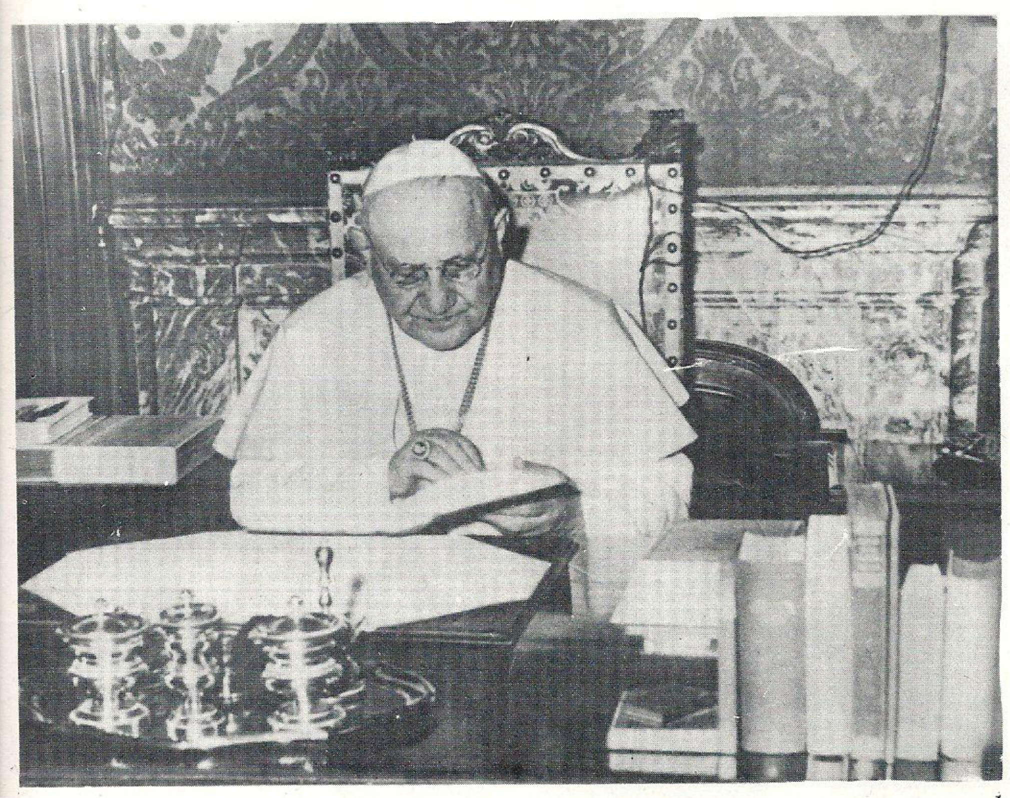


2

1. *El papa Juan XXIII besa el pie de la estatua de San Pedro en la basílica homónima.*

2. *Juan XXIII durante la ceremonia en que fue consagrado papa.*

1



1

1. El papa Juan XXIII en su mesa de trabajo.

2. Juan XXIII durante una visita a los talleres en que se imprime L'Osservatore Romano.

En la página 23:

1. Retrato oficial del papa Juan XXIII.

2

sadas, han ido empeorando y se comportan como si nada hubieran aprendido de la historia, que sin embargo es maestra de la vida, y como si, en tiempos de los concilios, todo hubiera procedido triunfalmente del ideal de la vida cristiana y de la justa libertad religiosa. Entiendo que tengo que disentir de estos profetas de desventura, que anuncian siempre acontecimientos infaustos, acontecimientos que hasta superan el fin del mundo."

Quedó inaugurado el concilio. Era el concilio a cuya celebración Juan XXIII, según sus propias palabras, había consagrado todas sus energías. Desplegadas con la naturalidad con que había cumplido todas sus anteriores misiones. Y sin desatender las demás y muy pesadas responsabilidades que el "servicio pontifical", como "obispo de Roma" y, por ende, "pastor de la Iglesia universal", echaba sobre sus cansados hombros en tiempos tan agitados y peligrosos. Nada lo arredraba ni angustiaba. Era un hombre de fe y buena voluntad. Nunca se sintió abrumado como "sumo pontífice". En mayo de 1959, a los pocos meses de verse instalado en la sede de San Pedro, ya había dicho: "Al poco tiempo, me sentí como en mi casa, como si no hubiera hecho otra cosa durante toda mi vida."

Pero no vería la terminación del concilio. De su larga vida, ya sólo le quedaban unos pocos meses.

"Pacem in terris"

Apenas iniciado el concilio, en aquel mismo octubre, se registró la "crisis del Caribe", con la Cuba de Castro en juego y Washington y Moscú mirándose desafiantes y llevando sus manos a sus espadas. A sus espadas nucleares. Durante unos días muy tensos, el mundo se mantuvo expectante y angustiado, olvidado del concilio y preguntándose si iba a romperse el "equilibrio del terror" y sobrevenir una catástrofe tal vez definitiva para la especie humana. Como en anteriores ocasiones, Juan XXIII, que había dicho repetidamente que "no tenía más armas que la paz y el Evangelio", levantó su voz pidiendo reflexión y cordura a los gobernantes. Se reflexionó y los gobernantes, aunque nerviosos y muy alterados, se mostraron cuerdos. Pasó la crisis y hubo un suspiro de alivio en el mundo. Y todos los pueblos tuvieron una mejor comprensión de la terrible amenaza bajo la que vivían en la era nuclear.

Muchos llamaban ya al bondadoso anciano que ocupaba el solio pontificio el "papa de la paz". En marzo de 1963 se decidió que el Premio Balzan de la Paz correspondía por pleno derecho a Juan XXIII. *Nemine discrepante*. Hasta Moscú expresó su calurosa aprobación. Aquel mismo mes, Juan XXIII concedió una audiencia privada a Alexis Adjubei, director de "Izvestia" —el órgano del gobierno soviético—, y a su esposa Rada, hija de Khruschev. No faltaron quienes torcieron el gesto ante estos "coqueteos" entre el Vaticano y el "comunismo ateo". Sin embargo, ya en enero de 1958, el canciller soviético Andrei Gromyko había señalado la posibilidad de una colaboración entre la Iglesia católica y el mundo comunista para el mantenimiento de la paz. Era una colaboración que no impedía otras con el mismo fin, y Juan XXIII ya se había acreditado como un hombre que sabía "mirar sin desafío, recibir sin temor y conversar sin comprometerse".

Al mes siguiente, exactamente el 11 de abril de 1963, día del Jueves Santo, Juan XXIII, con sus 81 años de edad y el quinto de su pontificado, dio a conocer su encíclica *Pacem in terris*, "la paz en la tierra", según el significado de las primeras palabras del documento. Es así como, de acuerdo con la costumbre, se conocen las encíclicas.

¿Qué es la *Pacem in terris*? Si la *Mater et magistra* es una adaptación de la "doctrina social de la Iglesia" a los tiempos modernos, la *Pacem in terris* es una exposición de la doctrina política, económica y social de la Iglesia frente a las tan complejas circunstancias y los tan graves problemas del mundo actual, de un mundo en cada vez más rápida y revolucionaria transformación. Y también una apasionada invitación a la paz, "profunda aspiración de los hombres de todos los tiempos". Ya no se dirige únicamente a los fieles, sino también a "todos los hombres de buena voluntad".

Siempre desde un punto de vista estrictamente católico, muy distinto, como es natural, de otros, se refiere al "orden en el universo" y trata de los derechos y deberes de los seres humanos, de las "relaciones entre los hombres y los poderes públicos en el seno de las distintas comunidades políticas", de las relaciones entre estas comunidades y de las "relaciones entre los individuos, la familia, las asociaciones y las comunidades políticas, por una parte, y la comunidad mundial, por otra". Para terminar formulando una serie de "recomendaciones pastorales".

Es, pues, amplísimo el campo abarcado por esta encíclica, conforme a criterios que lógicamente plantean tanto coincidencias como discrepancias. Pero lo que desde el principio llamó especialmente la atención en ella, como una formulación nueva y atrevida, fue la parte de las "recomendaciones pastorales" referente a las "relaciones entre católicos y no católicos en el campo económico-social-político". Reproduzcamos algunos de sus párrafos.

"Los principios doctrinales que hemos expuesto —dice la *Pacem in terris*, cuya idea básica es que la paz sólo puede ser producto de un "orden justo"—, o se basan en la naturaleza misma de las cosas o proceden de la esfera de los derechos naturales. Ofrecen, por tanto, amplio campo de encuentro y entendimiento, ya sea con los cristianos separados de esta Sede Apostólica, ya sea con aquellos que no han sido iluminados por la Fe cristiana, pero poseen la luz de la razón y la rectitud natural. En dichos contactos, los que profesan la religión católica han de tener cuidado de ser siempre coherentes consigo mismos, de no admitir jamás posiciones intermedias que comprometan la integridad de la religión y la moral. Muéstrense, sin embargo, hombres capaces de valorar con equidad y bondad las opiniones ajenas sin reducirlo todo al propio interés, antes bien dispuestos a cooperar con lealtad en orden a lograr las cosas que son buenas de por sí o pueden ser reducidas al bien."

Más adelante, dice:

"Se ha de distinguir también cuidadosamente entre las teorías filosóficas sobre la naturaleza, el origen, el fin del mundo y del hombre, y las iniciativas de orden económico, social, cultural o político, por más que estas iniciativas hayan sido originadas e inspiradas en tales teorías filosóficas; porque las doctrinas, una vez elaboradas y definidas, ya no cambian, mientras que las iniciativas, encontrándose en situaciones históricas continuamente variables, están forzosamente sujetas a los mismos cambios. Además ¿quién puede negar que, en la medida en que estas iniciativas sean conformes a los dictados de la recta razón e intérpretes de las justas aspiraciones del hombre, puedan tener elementos buenos y merecedores de aprobación?"

Y más adelante, sin formular condenaciones, la encíclica hace una prevención a quienes, exasperados por la injusticia y las miserias que ven a su alrededor, se inclinan por los métodos violentos:

"No faltan hombres de gran corazón que, encontrándose frente a situaciones en que las exigencias de la justicia o no se cumplen o se cumplen en forma deficiente, movidos del deseo de cambiarlo todo, se dejan llevar de un impulso tan arrebatado que parecen recurrir a algo semejante a una revolución. A estos tales quisiéramos recordarles que todas las cosas adquieren su crecimiento por etapas sucesivas y así, en virtud de esta ley, en las instituciones humanas nada se lleva a un mejoramiento si no es obrando desde adentro, paso a paso."

Finalmente, la encíclica contiene una serie de vehementes exhortaciones en favor de la paz:

"A todos los hombres de alma generosa incumbe, pues, la tarea inmensa de restablecer las relaciones de convivencia basándolas en la verdad, en la justicia, en el amor, en la libertad... Tarea ciertamente nobilísima, como que de ella derivaría la verdadera paz conforme al orden establecido por Dios...

"Estas enseñanzas nuestras acerca de los problemas que de momento tan agudamente aquejan a la sociedad humana y que tan estrechamente unidos están al progreso de la sociedad nos la dicta un profundo anhelo, que comparten con Nos todos los hombres de buena voluntad, el anhelo de la consolidación de la paz en este mundo nuestro.

"Como Vicario —aunque indigno— de Aquél a quien el anuncio profético proclamó Príncipe de la Paz, creemos que es obligación

nuestra consagrar todo nuestro pensamiento, todo nuestro cuidado y esfuerzo, a obtener este bien en provecho de todos. Pero la Paz será una palabra vacía si no está fundada sobre aquel orden que Nos, movidos de confiada esperanza, hemos esbozado en sus líneas generales en esta nuestra Encíclica: la paz ha de estar fundada sobre la verdad, construida con las normas de justicia, vivificada e integrada por la caridad y realizada, en fin, con la libertad."

En estos tiempos de poca fe, en los que tantas "crisis espirituales" se registran en el mismo clero, no todo el "orbe católico" aceptó con entusiasmo la *Pacem in terris*. Inquietó especialmente a ciertos círculos de catolicismo meramente nominal, cómodamente ajustados a la tradición cultural de su propia sociedad y habituados a ver en la religión un amparo más de su "propio interés". ¡Caramba con el "papa de transición"! ¿No podía callarse? ¿No le bastaba el revuelo que había armado con la convocación del concilio, en el que ya se estaban registrando sus más y sus menos, a pesar de que el dogma no estaba en juego? Bien, sería una encíclica más. Todo seguiría igual. En cambio, Moscú, como si atribuyera más valor que estos círculos a lo que consideraba el "opio del pueblo", vio en la encíclica un aporte "positivo" a la causa de la paz. La prensa soviética publicó el documento papal. Un hecho realmente inusitado.

Por lo demás, Juan XXIII el Bueno no tardaría en callarse.

Muerte y testamento

Aunque "vicarios de Cristo en la tierra", los papas mueren como los demás hombres. Con cierta frecuencia, porque, por lo general, llegan al solio pontificio a avanzada edad. A *il Papa buono*, según lo llamaban todos en la tierra de Don Camilo y Peppone, le llegó el turno muy poco después de la publicación de la *Pacem in terris*. Ya en mayo de 1963 corrieron alarmantes rumores. Se decía que su salud declinaba rápidamente, que estaba aquejado por diversos males, que no podía ya seguir las tareas del concilio como él deseaba. Y pronto los rumores tuvieron confirmación. El papa estaba muy enfermo.

Era un organismo consumido por los años y una actividad incesante, no precisamente física. La enfermedad fue larga y dolorosa y a ella se agregó el suplicio impuesto por los médicos, empeñados, en cumplimiento de lo que juzgaban su deber mientras hubiera una sombra de esperanza, en prolongar una vida que fatalmente se extinguía. Ángel José Roncalli, Juan XXIII como papa, soportó todos aquellos padecimientos estoicamente, ofreciéndolos como "expiación de sus muchos pecados". Orando e invitando a orar a quienes lo rodeaban. Al modo de un buen cristiano. Al modo de lo que fue siempre: un hombre de acendrada fe. Hubo varios días de agonía. Hasta que el 3 de junio de 1963 llegó el desenlace. Se dijo que, momentos antes, se había oído decir al moribundo con voz muy débil: "Hijos míos, hermanos míos, ¡hasta la vista!".

Aunque esperada, la noticia de la muerte de Juan XXIII conmovió al mundo. Hubo unos funerales imponentes, con todo el esplendor del ritual romano. Realzados por la presencia de los cardenales, prelados y demás dignidades eclesiásticas que se habían congregado en Roma con ocasión del concilio. Con la asistencia también de innumerables personalidades civiles, incluidos algunos representantes del otro lado de la "cortina de hierro".

El hombre que había "pisoteado su orgullo" desde muy joven hubiera aceptado aquel homenaje únicamente en la medida en que pudiera redundar en bien de la fe y de la Iglesia a cuyo servicio había estado durante toda su vida. Fue entonces cuando el mundo conoció a la familia del extinto papa bergamasco: era toda ella ruda gente del campo, de aspecto muy modesto, desmañada y torpe en medio de las suntuosidades del Vaticano. Hijos del pueblo, como el propio muerto. El nepotismo, que se manifiesta con frecuencia en la historia del papado, en ocasiones muy tumultuosa, no fue una debilidad de Juan XXIII.

Quedó del extinto un "testamento espiritual". ¿La disposición de los bienes materiales? ¡Fueron tan pocos! El jefe supremo de una Iglesia a la que se atribuyen enormes riquezas murió como un pobre de solemnidad. Pero ese "testamento espiritual" es, en cambio, muy rico. En cuanto encierra grandes valores humanos, una auténtica grandeza de alma. Vale la pena reproducir algunos párrafos de esta "última voluntad".

"Pido perdón —se lee en ella— a quienes inconscientemente hubiera ofendido, a cuantos para quienes no hubiera sido causa de edificación. Siento que no tengo que perdonar nada a nadie, porque, en cuantos me conocieron y han tenido relaciones conmigo —aunque me hubiesen ofendido, o despreciado, o tenido, y esto con justicia, en poca estima, o sido para mí motivo de aflicción—, sólo reconozco a hermanos y bienhechores, a los que estoy agradecido y por los que ruego y rogaré siempre.

"Nacido pobre, pero de familia honrada y humilde, siento particular alegría de morir pobre, tras haber distribuido, según las diversas exigencias y circunstancias de mi vida sencilla y modesta al servicio de los pobres y de la santa Iglesia, que me ha alimentado, cuanto tuve entre manos —en medida bastante limitada— durante los años de mi sacerdocio y de mi episcopado. Apariencias de holgura velaron a menudo ocultas espinas de acongojante pobreza y me impidieron siempre dar con la largueza que hubiera deseado. Agradezco a Dios esta gracia de la pobreza, de la que hice voto en mi juventud: pobreza de espíritu, como sacerdote del Sagrado Corazón, y pobreza real, que me sostuvo para no pedir nunca nada, ni cargos, ni dinero, ni favores. Nunca, ni para mí, ni para mis parientes o amigos.

"A mi querida familia *secundum sanguinem* —de la cual, por otra parte, no he recibido ninguna riqueza material— no puedo dejar más que una grande y especialísima bendición, invitándola a conservar ese temor de Dios que me la hizo siempre tan querida y amada, aunque fuera sencilla y modesta, lo cual nunca me sonrojó. Porque ése es su verdadero título de nobleza. A veces la he socorrido en sus necesidades más graves, como pobre con los pobres, pero sin sacarla de su pobreza honrada y dichosa. Pido y pediré siempre por su prosperidad..."

Ya como papa, en diciembre de 1959, "renovó" este testamento, redactado hacía tiempo y retocado en varias ocasiones, como si siempre hubiera estado viva la idea de la muerte. Y en este último nexo, incluyó una reiteración de su "profesión de fe". Es una "profesión de fe" que no se parece en nada a la del "vicario saboyano" imaginado por Rousseau, en la que el dogma se disuelve hasta que sólo queda la creencia en Dios y la ética cristiana. Ángel José Roncalli aceptaba el dogma católico en su integridad. No se repetía el absurdo *Credo quia absurdum* con que algunos defienden, con referencia a San Agustín, su fe frente a los embates de la razón. Para el hijo de labriegos no había nada absurdo en los "misterios' de su religión.

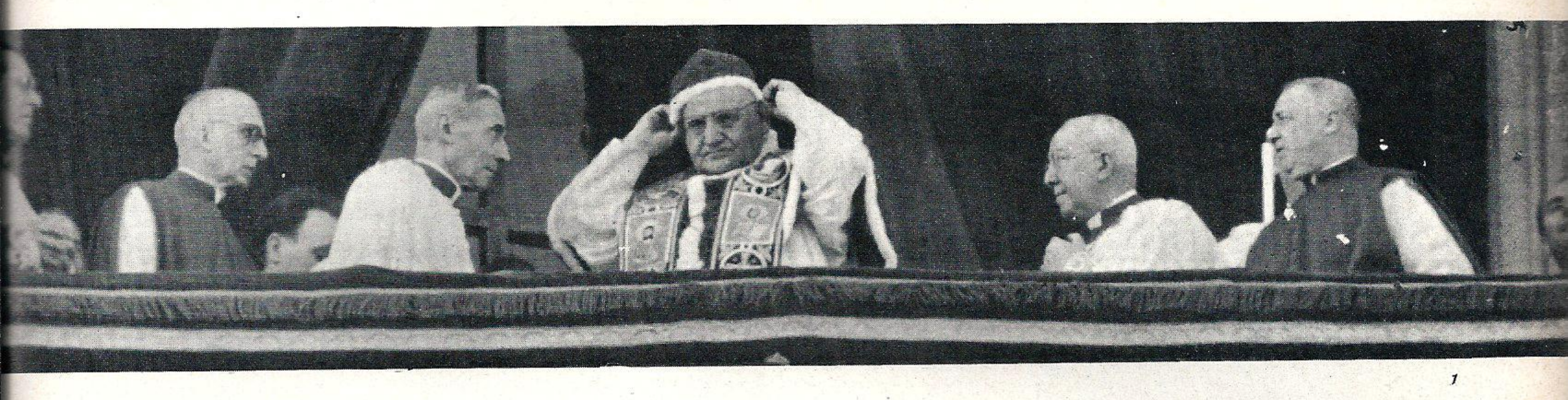
"Es además —escribió— una gran alegría para mi corazón renovar mi íntegra y ferviente profesión de fe católica, apostólica y romana. Entre las fórmulas y los símbolos diversos con que la fe suele expresarse, prefiero el Credo de la misa sacerdotal y pontifical, por su elevación amplia y melodiosa, como unión con la Iglesia universal de cualquier rito, siglo o región: desde el *Credo in Deum Patrem omnipotentem* hasta el *vitam venturi saeculi*."

Es el "Credo de Nicea", fijado en el siglo IV. En estos tiempos en que el descreimiento azota a todas las confesiones religiosas, muchos se preguntarán cómo es posible una fe tan sólida, especialmente en quien mantuvo tantos contactos con gentes tan diversas y observó tan de cerca los tumultos y transformaciones que caracterizan a nuestro siglo. Bien, sí, es posible. Ahí está la prueba. Y debe tenerse en cuenta que, si la fe y la razón siempre han andado a la greña, el aferramiento al dogma ha sido, al mismo tiempo que su debilidad, la gran fuerza de la Iglesia de Roma. Se cree o no se cree. Y son muchos los que sienten la necesidad de creer. Con independencia de que sean muchos también lo que explotan esta necesidad en su "propio interés".

Post Ioannem

La vida y el mundo siguieron su curso. Un nuevo cónclave eligió como papa al cardenal Juan Bautista Montini, quien adoptó

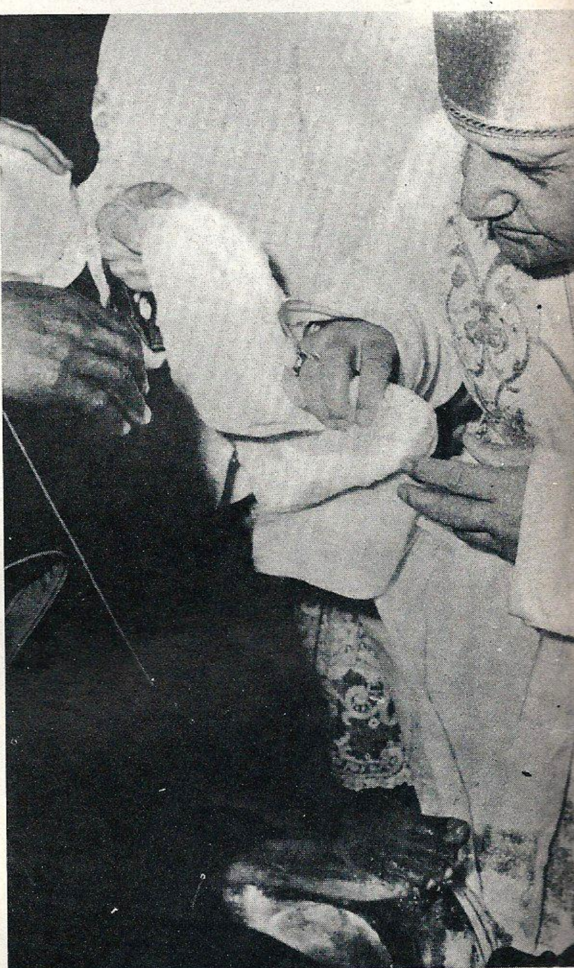
Juan XXIII



1



2



1. Juan XXIII poco antes de bendecir "a la ciudad y al mundo" desde los balcones de la basílica de San Pedro en Navidad.

2. Juan XXIII leyendo un mensaje pascual en 1960.

3. El papa lava los pies de trece seminaristas en Semana Santa.

el nombre de Paulo VI. Es el "papa peregrino", gran vajero. Continuó el concilio. Duró hasta el 8 de diciembre de 1965. El *aggiornamento* de la Iglesia costó muchos debates entre la mayoritaria corriente "progresista" y la "conservadora". El saldo del concilio fue un voluminoso conjunto de "constituciones", "decretos" y "declaraciones". Constitución dogmática de la Iglesia. Doctrina acerca de la "revelación divina". Reforma de la liturgia. La Iglesia en el mundo presente. Decretos sobre los obispos, los presbíteros, la formación sacerdotal, la vida religiosa, el apostolado seglar, la obligación misionera de la Iglesia, los medios de comunicación social, o sea, la prensa, la radio, el cine y la televisión... Otro decreto sobre "ecumenismo", sobre la acción destinada a "restaurar la unidad entre todos los cristianos". Declaraciones sobre la libertad religiosa, la educación cristiana de la juventud y las relaciones de la Iglesia con las "religiones no cristianas". *Aggiornamento*, en fin.

No todo fue resuelto. Paulo VI tuvo que recordar en varias ocasiones que conservaba la suprema autoridad. Pero, en adelante, se habló de la Iglesia "preconciliar" y la Iglesia "posconciliar", esta última de criterios mucho más amplios y también más comprometida con quienes padecían "hambre y sed de justicia". Menos dispuesta a admitir un "valle de lágrimas" en el que las alegres risas de los pocos se desentendieran del amargo llanto de los muchos. Fueron muy numerosos los que, simplificando tal vez demasiado las cosas, vieron en este cambio de actitud una inspiración y una influencia decisivas de "Juan el Bueno".

El mundo entretanto no mejoraba. Se asesinaba al presidente John F. Kennedy en Estados Unidos, Nikita Khruschev pasaba a retiro en la Unión Soviética, se ampliaba e intensificaba la guerra de Vietnam, se agrandaban las distancias entre ricos y pobres, se trate de individuos o países, y había agitaciones y revueltas en muchos sitios. Las tensiones aumentaban.

Terminado el concilio, hubo nuevos contactos entre el Vaticano y Moscú. En abril de 1966, Paulo VI recibió en audiencia privada al canciller soviético Gromyko. En enero de 1967, hizo otro tanto con el presidente soviético Podgorny. Se dijo que el tema principal de esta entrevista había sido la búsqueda de fórmulas que permitieran el restablecimiento de la paz en Vietnam, escenario de un conflicto que escandalizaba, angustiaba y alarmaba al mundo entero. No era, claro está, que el Vaticano se inclinara hacia el "comunismo ateo". Tampoco era, claro está, que Moscú se sintiera tentado por el "opio del pueblo". Pero muchos, a raíz de estas entrevistas, recordaron las "recomendaciones pastorales" de la *Pacem in terris* sobre las "relaciones entre católicos y no católicos en el campo económico-social-político". La influencia de Juan XXIII, se dijo, persistía.

¿Hasta qué punto? Había muchos contrastes entre Juan XXIII y su sucesor Paulo VI. El primero, que había hecho la mayor parte de su carrera en el exterior, no se había movido del Vaticano como papa, si se excluían algunas ocasionales visitas a localidades italianas próximas. El segundo, cuya carrera eclesiástica se había desarrollado principalmente en la curia romana, bajo el discutido Pío XII y el propio Juan XXIII, que lo había hecho cardenal, se había lanzado como papa al ancho y agitado mundo, efectuando frecuentes, largos y hasta peligrosos viajes. Como si quisiera conocerlo todo *de visu*, incluidos los focos de tensiones sociales e internacionales, aunque tales movimientos supusiearn muchos quebraderos de cabeza para las autoridades de los lugares visitados. Pero ¿no significaba esto ajustarse a las normas de la Iglesia *aggiornata*, "puesta al día", gracias a las iniciativas de "Juan el Bueno"?

En todo caso, Paulo VI, angustiado sin duda por cuanto veía y oía, lanzó al mundo el 26 de marzo de 1967 una encíclica que mantenía el rumbo de la *Mater et magistra* y la *Pacem in terris* e iba decididamente hacia adelante. Es la *Populorum progressio*, que sigue manteniéndose fiel a la "doctrina social de la Iglesia", pero cuyos "truenos", muy fuertes y de retumbos que todavía se oyen, parecen orientarse principalmente hacia los "abusos" de la "propiedad privada". Como si se deseara impedir que ciertos sectores continuaran amparándose en la Iglesia para la defensa de intereses que nada tienen de "espirituales". Ni de legítimos. Escuchemos algunos de estos "retumbos".

"Hoy —se lee en el apartado 3 de la *Populorum progressio*—, el hecho más importante del que todos deben tomar conciencia es el de que la cuestión social ha adquirido una dimensión mundial. Juan XXIII lo afirma sin ambages y el Concilio se ha hecho eco de esta afirmación en su Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo presente. Esta enseñanza importa mucho y su aplicación es urgente. Los pueblos hambrientos interpelan hoy con acento dramático a los pueblos opulentos. La Iglesia padece ante esta crisis de angustia y llama a todos para que respondan con amor al llamamiento de sus hermanos."

Y en el apartado 9 de la misma encíclica se lee: "Al mismo tiempo, los conflictos sociales se han ampliado hasta tomar las dimensiones del mundo. La viva inquietud que se ha apoderado de las clases pobres en los países que se van industrializando se apodera ahora de aquellas cuya economía es casi exclusivamente agraria: también los campesinos adquieren conciencia de su miseria no merecida. A esto se añade el escándalo de las disparidades hirientes, no solamente en el goce de los bienes, sino todavía más en el ejercicio del poder. Mientras que en algunas regiones una oligarquía goza de una civilización refinada, el resto de la población, pobre y dispersa, "está privada de casi todas las posibilidades de iniciativa personal y responsabilidad y aun muchas veces vive inclusive en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana."

El apartado 18 cita una intimación que San Pablo incluye en su segunda epístola a los tesalonicenses: "El que no quiera trabajar, que no coma". Es algo que se parece fastidiosamente a cierto enunciado de las constituciones de los países socialistas. El apartado 22 insiste en una recordación que formuló el Concilio entonces recién terminado: "Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y todos los pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos en forma justa, según la regla de la justicia, inseparable de la caridad". Y el apartado 23 advierte, después de citar a San Ambrosio, uno de los "Padres de la Iglesia": "Es decir, la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario". Es algo también en el que algunos creerán advertir cierto "tufo" a socialismo. No a "socialización". A socialismo.

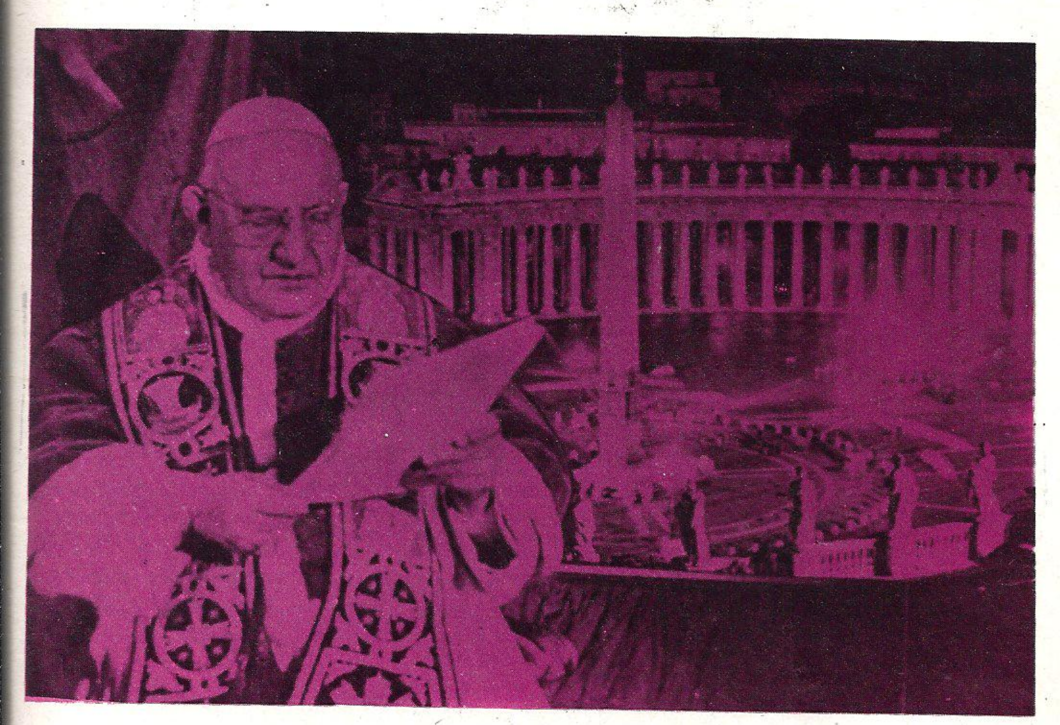
La encíclica sobre el "desarrollo de los pueblos" no se detiene aquí. En su apartado 26 arremete contra el "capitalismo liberal" en términos de extrema virulencia. "Pero, por desgracia —dice—, sobre estas nuevas condiciones de la sociedad, ha sido construido un sistema que considera el lucro como motor esencial del progreso económico, la competencia como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este liberalismo sin freno, que conduce a la dictadura, fue denunciado justamente por Pío XI como generador del "imperialismo internacional del dinero". No hay mejor manera de reprobar tal abuso que recordar solemnemente una vez más que la economía está al servicio del hombre..."

Ya embalada, la *Populorum progressio* va todavía más allá. Juan XXIII se había limitado a prevenir contra los males y estragos de la violencia, sin condenarla explícitamente. Paulo VI, si bien repite la prevención, llega a justificar la violencia en determinados casos. En el apartado 31 de su encíclica se lee: "Sin embargo, ya se sabe: la insurrección revolucionaria —salvo en casos de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos de la persona y dañase peligrosamente el bien común del país— engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas. No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor". Mal mayor y mal menor. Hay que sopesar los dos males. Se piensa inevitablemente en los jesuitas, los más esforzados campeones de la Iglesia católica, quienes, desde

su muy ilustre Juan de Mariana, tuvieron frecuentes conflictos con los poderes públicos como "defensores del tiranicidio".
Inspirada en Juan XXIII y el concilio por él convocado, la *Populorum progressio*, que hace consustanciales los términos de "paz" y "desarrollo", fue la primera "encíclica social" de la Iglesia "posconciliar". Tampoco, como sucedió a las anteriores, consiguió remediar los "males sociales". Éstos se fueron acentuando, especialmente en las regiones denominadas, con piadoso eufemismo, "en vías de desarrollo". Como la América latina, que padecía cada vez más en las garras del "imperialismo internacional del dinero".
Continuó, sin embargo, la marcha de la Iglesia católica por su nuevo rumbo. No sin serios desgarramientos internos. Se hicieron manifiestos en la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrado en Medellín, Colombia, en setiembre de 1968, con asistencia del propio Pablo VI. Ya había caído el padre Camilo Torres, convertido en guerrillero. Pronto caería en Bolivia el "Che", el legendario Ernesto Guevara. Cuba, "primer territorio libre de América", donde la Iglesia católica, de fuerte arraigo, parecía conllevarse bien con el régimen castrista, seguía invitando a la acción a los pueblos latinoamericanos. A ciertas jerarquías eclesiásticas costaba mucho la nueva "toma de conciencia".
La conferencia de Medellín dio origen a una larga serie de "documentos finales". Y en su esfuerzo por descubrir "el plan de Dios en los signos de nuestros tiempos", sembró la agitación dentro de la misma Iglesia latinoamericana y provocó recelos en los poderes públicos tradicionales, habituados a ver en la Iglesia un sólido aliado, una buena administradora del "opio del pueblo" en este "valle de lágrimas". Son "documentos finales" que abordan todos los muchos problemas que afrontan la Iglesia latinoamericana en especial y todas las confesiones religiosas en general en estos tiempos revolucionarios. Incluidas esa declinación moral y esa "exacerbación del erotismo" que se observan en muchas de las sociedades donde predomina el "imperialismo internacional del dinero". Con, como graves consecuencias, la insuficiencia de las vocaciones sacerdotales y las frecuentes "crisis" —¡esa cuestión del celibato!— entre los sacerdotes ordenados.
Pero fue en la "cuestión social", particularmente aguda en la América latina, en la que la conferencia de Medellín hizo especial hincapié. "Existen muchos estudios —dijo en su "documento final" sobre la 'Justicia'— sobre la situación del hombre latinoamericano. En todos ellos se describe la miseria que margina a grandes grupos humanos. Esa miseria, como hecho colectivo, es una injusticia que clama al cielo."
Y en el apartado 16 de su "documento final" sobre la "Paz", dijo: "Si el cristiano cree en la fecundidad de la paz para llegar a la justicia, cree también que la justicia es una condición ineludible para la paz. No deja de ver que América latina se encuentra, en muchas partes, en una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada, cuando, por defecto de las estructuras de la empresa industrial y agrícola, de la economía nacional e internacional, de la vida cultural y política, "poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política", violándose así derechos fundamentales. Tal situación exige transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras. No debe, pues, extrañarnos que nazca en la América latina "la tentación de la violencia". No hay que abusar de la paciencia de un pueblo que soporta durante años una condición que difícilmente aceptarían quienes tienen una mayor conciencia de los derechos humanos."
El mismo documento incluyó entre sus "líneas pastorales" una que dice: "Defender, según el mandato evangélico, los derechos de los pobres y oprimidos, urgiendo a nuestros gobiernos y clases dirigentes para que eliminen cuanto destruya la paz social: injusticias, inercia, venalidad, insensibilidad." Y otra que declara: "Denunciar enérgicamente los abusos y las injustas consecuencias de las desigualdades excesivas entre pobres y ricos, entre poderosos y débiles, favoreciendo la integración."
Ni la *Populorum progressio* en el ámbito mundial ni la conferencia de Medellín en el ámbito latinoamericano cambiaron fundamentalmente las cosas. Los aludidos por las increpaciones y exhortaciones pontificias y episcopales no cedieron voluntariamente posición alguna. Siguieron viendo en la Iglesia a la defensora de la propiedad privada de los medios de producción y, como tal, a un aliado, y hasta se dijeron cínicamente que era buena cosa que la Iglesia conservara su autoridad moral con tronitantes declaraciones de las que se hacía en "los gobiernos y clases dirigentes" muy poco caso. Pero algo había cambiado desde el breve y trascendental pontificado de Juan XXIII. En el tenso ambiente de nuestro tiempo, tales declaraciones surtían efecto. En primer lugar, en el seno de la misma Iglesia, de la Iglesia "posconciliar". Una parte del clero llano, en estrecho contacto con "los pobres oprimidos", y también algunos prelados, celosos en el cumplimiento de su "misión pastoral", han tomado, en efecto, muy en serio los pronunciamientos de su propia Iglesia. Como, según ella, son inaceptables tanto el "capital liberal" como el socialismo, negador de la propiedad privada de los medios de producción, han surgido movimientos como los del "Tercer Mundo", en los cuales es frecuente que también se tengan en cuenta las recomendaciones de Juan XXIII sobre las "relaciones entre católicos y no católicos en el campo económico-social-político". No son movimientos que agraden a los poderes públicos tradicionales. Ni a muchas jerarquías eclesiásticas, identificadas con estos poderes. Y así, los sacerdotes que participan en estos movimientos comienzan a poblar las cárceles. Como cualquier comunista o revolucionario de acción. En la catolicísima España, donde la Iglesia está tan "atrincherada" en el régimen franquista, se los llamó "curas bolcheviques". En la América latina, "curas subversivos".
¿Qué hubiera pensado Ángel José Roncalli de la actual situación de la Iglesia católica y del mundo? ¿Hubiera compartido los temores y angustias que atenazan a tantos católicos, clérigos o laicos? ¿Se hubiera arrepentido de haber abierto tantas compuertas durante su pontificado? Probablemente, no. Abroquelado en su inquebrantable fe, optimista acerca del hombre como lo son siempre quienes albergan una bondad y una sensibilidad innatas, hubiera disentido de nuevo, como al inaugurar el Concilio Ecuménico Vaticano II, de los "profetas de desventura".

Iglesia, Estado y propiedad

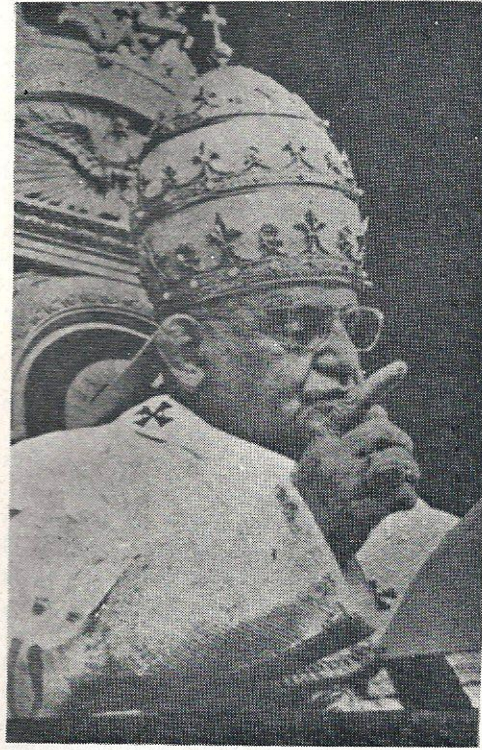
¿Marcha el mundo, como tantos lo afirman, hacia el socialismo? ¿Cabe imaginar a la Iglesia católica abrazando un día, como su "doctrina social", la causa socialista, en cuanto distinta de la mera "socialización", en cuanto sistema basado en la propiedad pública de los medios "instrumentales", de los medios de producción? Porque, si bien es manifiesta la incompatibilidad en el modo de pensar de un católico, al que se supone religioso por definición, y el de un marxista, al que se supone, también por definición, contrario a cualquier noción religiosa, el enfrentamiento de la Iglesia católica con el socialismo no se basa en su Credo, sino en la "doctrina social" que hasta ahora ha mantenido, es decir, en la defensa, como un "derecho natural", de la propiedad privada de los medios de producción, de esa propiedad privada que, según el socialismo, es la base de la "explotación del hombre por el hombre" y la causa de todos los "males sociales", denunciados por la misma Iglesia con tanto vigor. Al fin de cuentas, también hay ateos en el campo capitalista, el de la propiedad privada de los medios de producción. Muchísimos en esta época de descreimiento muy generalizado. Incluidos los del peor género, los que, sin confesarse abiertamente tales, utilizan la religión, católica o de cualquier otra naturaleza, como escudo protector de sus privilegios, de su "propio interés". Es esta gente la que realmente considera a la religión un "opio del pueblo".
¿Pueden cambiar las relaciones de la Iglesia católica con los Estados socialistas? La historia y el mundo presente nos ofrecen una variedad muy grande en las relaciones entre la Iglesia —la religión— y el Estado.



1. Juan XXIII en su biblioteca privada.

2. Juan XXIII y el cardenal Montini (futuro Paulo VI) en 1958.

3. Juan XXIII



3

Ha habido Estados íntegramente teocráticos, en los que el poder civil era ejercido por el poder eclesiástico, como ocurrió entre los mayas. Hay Estados de origen religioso en los que muchos aspectos de la vida civil están influidos por la religión, como sucede, en mayor o menor medida, en Israel, en Pakistán y otros países mahometanos. Hay países de tradición católica en los que las relaciones entre la Iglesia y el Estado están reguladas por "concordatos", que siempre suponen concesiones mutuas y pueden llegar a ser molestos para alguna de las partes, como pasó posteriormente en España, cuando la Iglesia deseó no estar tan "atrincherada" en el régimen franquista. Hay Estados que no tienen como tales religión determinada alguna y se ajustan al principio de total separación de la Iglesia y del Estado, al modo que impera en Estados Unidos, donde la Iglesia católica, al amparo de esa separación, ha prosperado extraordinariamente. Y hay Estados, como los de inspiración marxista, que miran con malos ojos a toda religión, pero se ven forzados a "soportar" las que existen en el seno de sus respectivas sociedades, en cuanto satisfacen necesidades que siente por lo menos una parte del pueblo y que el propio Estado no puede satisfacer.

Ha habido que llegar en estos últimos países a un *modus vivendi*, a una "convivencia". Como, por ejemplo, entre el Estado soviético y la Iglesia ortodoxa rusa o entre el Estado polaco y la Iglesia católica. Con la particularidad de que, en el primer caso, la Iglesia ortodoxa rusa no se ve atada por una "doctrina social" que defienda como "derecho natural" la propiedad privada de los medios de producción. Es así como esta Iglesia, afrontando la propaganda antirreligiosa, sin apoyo oficial alguno, sin más ayuda que la de sus fieles, se mantiene viva, aun privada de su antiguo poder. Es la Iglesia a la que, de modo muy significativo, ha visitado en agosto de 1971 el padre Pedro Arrupe, el general de los jesuitas, el "papa negro", un vasco universalista como el propio fundador de la "Compañía", la del "cuarto voto", siempre entregada, con su muy alto nivel cultural, al servicio de los papas.

¿Mantendrá la Iglesia católica sin cambio alguno, por grandes que sean los intereses materiales que se le atribuyen, su "doctrina social", enunciada primeramente por la *Rerum novarum* en tiempos muy distintos de los actuales? ¿No está experimentando ya esta "doctrina social", desde los tiempos de Juan XXIII, cierta transformación? Desde luego, el Credo que sirvió a "Juan el Bueno" como expresión de su "profesión de fe" no contiene ninguna referencia a la propiedad privada de los medios de producción. Por otra parte, tras la *Mater et magistra* y la *Pacem in terris*, la *Populorum progressio* previno que "la propiedad no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto". Y el Concilio Ecuménico Vaticano II ha recordado que "Dios ha destinado la tierra y todo cuanto en ella se contiene para uso de todos los hombres y todos los pueblos". ¿Hay que dar un salto muy grande para decir que la propiedad pública equivale a la propiedad privada, por "derecho natural", por derecho de nacimiento, de una cuota justa de cada cual en la tierra y cuanto la tierra contiene, sin perjuicio de aquello que por su naturaleza corresponda exclusivamente a la esfera privada? Todos nuestros conceptos son relativos. Todos evolucionan.

¿Evolucionará algún día la "doctrina social" de la Iglesia católica como, sin encíclicas, un poco bruscamente, a impulsos del huracán revolucionario, ha evolucionado la Iglesia ortodoxa rusa? ¿Se hizo alguna vez esta pregunta *il Papa buono*, de fe tan sólida, tan conocedor de la historia, del mundo y de los hombres?

La fe y la ciencia

Ya no vivimos en la Edad de la Fe. Tampoco en la Edad de la Razón. Vivimos en la Edad de la Relatividad y de la Incertidumbre, conscientes de que no hay camino, de que tenemos que hacerlo nosotros mismos, y dudando hasta de nuestro sentido de la orientación. Subsiste, sin embargo, en vastos sectores de la humanidad, la necesidad de creer, de que les digan que nos han sido revelados el significado y el fin de la vida, de modo que podamos avanzar confiadamente tiempo y espacio —también relativos— adelante. La fe y la ciencia... Todas las religiones tratan de adaptarse a estas circunstancias. Incluida la católica, aferrada a su viejo dogma. Ve en este aferramiento la razón de su mucha fuerza. Y procura afrontar a la ciencia con interpretaciones latas del propio credo.

Esto parece explicar el interés que muchos círculos intelectuales católicos y también de otras confesiones religiosas muestran por la figura del jesuita Teilhard de Chardin, por el sabio de profunda religiosidad que trató de fijar la posición del hombre en el cosmos sin abandono de la propia fe. Por el evolucionista convencido que creyó ver un elemento psíquico, espiritual, en cuanto existe, a partir del cuanto elemental, en procura siempre, con mayor o menor acierto, de una mayor libertad, de un mayor poder. Por el visionario que calculaba lo pasado y lo futuro en millones y millones de años, que veía en el hombre la culminación de la evolución biológica y a la humanidad en marcha hacia la unificación total, hacia la creación de un organismo nuevo y de orden superior, sin uniformidades, en el que cada cual, según su aptitud, cumpliera una misión específica, al modo como proceden las células de un organismo vivo. Siempre en pos del "Cristo cósmico". Cuantos buscaban la verdad, hasta los descreídos, hasta los ateos, "iban hacia Él". Para Teilhard de Chardin, había un claro sentido en el *Apocalipsis* de San Juan, en la "revelación" de Patmos, en el último libro de la Biblia: "Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin".

Ángel José Roncalli, contemporáneo de Teilhard de Chardin, nunca voló tan alto. Tal vez su oriundez campesina le hizo mantenerse, aunque dirigiera frecuentes miradas a lo alto, pegado a la tierra, como simple "pastor de almas" en nuestro agitado siglo. Su voto de pobreza incluía para él de modo muy especial la del espíritu, la humildad intelectual. Le bastaba con su Credo, según lo entiende la gente sencilla, como una consoladora y estimulante sucesión de "misterios". Pero su sencillez y su bondad innatas le hicieron comprender que, en este mundo tan pequeño, en esta insignificante mota del cosmos, no hay "barreras insuperables" para el entendimiento entre los hombres de buena voluntad. Sea cual fuere su modo de pensar, su fe o su falta de fe.

Con su "apacible condición" y su "agradable trato", fue un "papa de remango", un papa "revolucionario". Tal vez porque fue sobre todo un hombre de buena voluntad. Y el hecho de que despertara tantas simpatías en propios y extraños ¿no reconcilia acaso, en medio de los tumultos y conflictos a que asistimos, con la naturaleza humana?

Bibliografía

Belza, R. P. Juan E., *El Concilio Vaticano II*. Bs. As. Capovilla, monseñor Loris, *El papa Juan visto por su secretario*. Barcelona. Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constituciones, decretos, declaraciones*. BAC, Madrid. Chiarante, Giuseppe, *La Chiesa e il neocapitalismo*, en "Nuovi Argomenti", Nros. 53-54, Roma. González, J. L., *Juan XXIII: mi vida en primera persona*. Ed. Paulinas. Instituto Social León XIII, ed., *Comentarios a la "Mater et magistra"*, BAC.

Berthier, René, y Marie-Hélene Sigaut. *Jean. XXIII et le journal de ceux gui font la paix*. París, Univers-Média, 1979. Carpi, Pier. *Las profecías del papa Juan XXIII*. La historia de la humanidad de 1935 a 2033. Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1977. Chiarante, Giuseppe. "La Chiesa e il neocapitalismo". Nuovi Argomenti, Roma. Nos. 53-5 *Documentos del Vaticano II*. 33 ed. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1979. Dreyfus, Paul. *Jean XXIII*. París, Fayard, 1979 (Histoire de l'Eglise). Elliott, Lawrence, y H. N. Loose, *Juan XXIII*. Santander, Sal-Terae, 1980. Jiménez Lozano, José. *Juan XXIII*. 1a. ed. Barcelona, Ediciones Destino, 1973. *Juan XXIII; el Papa del Concilio Ecuménico Vaticano II*. Barcelona-Buenos Aires, Labor, 1967. Kanapa, Juan. "L'Encyclique *Mater et magristra*, manifeste du capitalisme monopoliste d'Etat". *La Nouvalle Revue Internationale*, París, Nº 5. *Mater et magistra*. Encíclica de S.S. Juan XXIII sobre el reciente desarrollo de la cuestión social. 6. ed. Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1980. *Pacem in terris*. Encíclica de su S.S. Juan XXIII. 6. ed. Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1981. Pastor, Jorge Miguel. *Juan XXIII*. Un testimonio de nuestro tiempo. Buenos Aires, Editorial Bonum, 1977. (Al final tiene una guía bibliográfica útil). *Populorum progressio*. Carta Encíclica de S.S. Pablo VI. 7. ed. Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1980. Teilhard de Chardin, Pierre. *El fenómeno humano*. Madrid, Taurus, 1963. *Vaticano II. Documentos conciliares*. 2. ed. Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1984. Ware, Caroline F. *El siglo veinte*. En: Unesco. *Historia de la Humanidad: desarrollo cultural y científico*. 2. ed. Buenos Aires, Sudamericana, 1977, t. 6, parte 1.

Algunas Bibliotecas del Centro Editor de América Latina

Biblioteca Argentina Fundamental

Los autores más importantes de la literatura argentina, desde sus orígenes hasta nuestros días, a través de las obras y antologías más representativas: Echeverría, Mármol, Sarmiento, Mansilla, Hernández, F. Sánchez, Almafuerte, J. V. González, R. Rojas, Lugones, Quiroga, Güiraldes, Payró, Fernández Moreno, A. Storni, Borges, Discépolo, Eichelbaum, Mallea, Cortázar, Sábato, S. Ocampo, Bioy Casares, R. González Tuñón, Mujica Lainez, H. Conti, B. Kordon, etc.
148 volúmenes.

Pintores Argentinos del Siglo XX

Cuatro grandes volúmenes que incluyen sesenta y cuatro monografías, realizadas por destacados especialistas, sobre la vida y la obra de los pintores argentinos más importantes en lo que va del siglo. 512 láminas con magníficas reproducciones a todo color. Muchísimos dibujos, grabados, fotografías y reproducciones en blanco y negro.
Un tomo de Escultores Argentinos del Siglo XX, uno de Grabadores Argentinos del Siglo XX, uno de Fotógrafos Argentinos del Siglo XX y un cuarto tomo de Dibujantes Argentinos del Siglo XX complementan la notable colección de Pintores Argentinos del Siglo XX.

Biblioteca Básica Universal

Las grandes obras y los grandes autores de todas las épocas y todos los países: Sófocles, Dante, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Shakespeare, Ben Jonson, Rabelais, Goethe, Hugo, Balzac, Stendhal, Flaubert, Dickens, Dostoievski, Tolstoi, Poe, Zola, Maupassant, Baudelaire, Rimbaud, Whitman, Darío, Hardy, Kafka, O'Neill, etc. Más de 300 volúmenes.

Historia de la Literatura Argentina

Los más destacados críticos han participado en la redacción de esta obra que estudia, en forma amplia y amena, las corrientes, los géneros, los movimientos, los autores y las principales obras de la literatura argentina desde sus orígenes hasta nuestros días. Seis grandes tomos profusamente ilustrados.

Fauna Argentina

La primera colección dedicada a las especies zoológicas de todo nuestro país, en particular a los distintos órdenes de vertebrados, especialmente mamíferos, aves, reptiles y anfibios. Su característica más saliente está en combinar el rigor científico y la amplitud de la información con textos amenos y accesibles y notables fotografías a todo color. Las fichas de familia, de orden, ecológicas y antropológicas complementan esta obra extraordinaria.

El País de los Argentinos

Una extraordinaria geografía regional de nuestro país en seis grandes tomos con muchísimas fotografías y mapas a todo color. Se trata de una obra muy rigurosa en su concepción y en su información, pero de lectura amena y accesible.

Historia Integral Argentina

Esta obra encara cada etapa de nuestro pasado como un proceso que tiene un origen y una evolución y en cuyo desarrollo interactúan dinámicamente los diversos factores económicos, sociales, políticos, institucionales y personales. La Historia Integral Argentina presenta las diversas corrientes que interpretan y explican nuestro pasado para que el lector las conozca y tenga más elementos para tomar posiciones. Seis tomos profusamente ilustrados.

Atlas Total de la República Argentina

Este atlas, el más completo y moderno que se haya publicado hasta el día de hoy, cubre los diversos aspectos de nuestro país: Atlas Físico de la República Argentina (2 vol.), Atlas Político de la República Argentina, Atlas Demográfico, Atlas Económico (2 vol.), Atlas de la Actividad Económica (4 vol.) y Atlas Satelitario (2 vol.).

Ahora
todas las semanas aparecen
dos preciosos cuentos para los chicos:
un cuento del Chiribitil
para los más chiquitos;
un cuento de Polidoro
para los más grandecitos.
Son preciosos
por sus dibujos, sus colores,
sus historias lindísimas.

Los Cuentos del Chiribitil cuestan
$a 200.- el ejemplar.

Los Cuentos de Polidoro cuestan
$a 150.- el ejemplar.

Centro Editor de América Latina

